

FORTALEZA DE LAS MUJERES

relatos acerca de la militarización de la vida





Rio de Janeiro, 2019

FORTALEZA DE LAS MUJERES

Relatos acerca de la militarización de la vida





**Instituto Políticas
Alternativas para
o Cone Sul**

**Fortaleza de las Mujeres: relatos
acerca de la militarización de la
vida**

Instituto Políticas Alternativas para
o Cone Sul - Pacs
Rua Henrique Valadares, 23, sala
504 - Centro, Rio de Janeiro / Tel:
+55 21 2210-2124 / pacs@pacs.org.br
/ www.pacs.org.br

COORDINACIÓN RECOGIDA

Aline Alves de Lima
Manoela Justo
Marina Praça

ORGANIZACIÓN Y EDICIÓN

Gizele Martins
Isabelle Rodrigues
Marina Praça
Yasmin Bitencourt

AUTORÍAS

Buba Aguiar
Daniela González López
Mães e familiares do
Socioeducativo do Ceará
Soraya Misleh
Saney Souza
Jyussara Abadallah

Nada Ali
Elen Oliveira Ferreira
Marcelle Decothe

ENTREVISTAS

Marina Ribeiro
Katherin Cruz Cerrato

TRADUCCIÓN

Livia Abdalla

REVISIÓN

Heitor Levy
Isabelle Rodrigues
Thiago Ansel

ILUSTRACIÓN Y PROYECTO GRÁFICO

Camila Schindler

DIAGRAMACIÓN

Thiago Ansel

APOYO



MISEREOR
• IHR HILFSWERK

1ª EDICION
Rio de Janeiro, 2019

ISBN 978-85-89366-49-6



Attribution 4.0 International (CC BY 4.0)

A menos que se indique lo contrario, el texto y las imágenes de este trabajo están licenciados bajo una Licencia Internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0. Todos los textos pueden usarse, copiarse, distribuirse, mostrarse o reproducirse de cualquier forma, mecánica o electrónica, incluida la fotocopia, siempre que no tenga un fin comercial y se citan las fuentes y los autores.

“Vos tenés la bala... Yo la palabra... La bala muere al detonarse... La palabra vive al replicarse”

Berta Cáceres

“Ciclo de uma sociedade racista: enquanto mais um jovem negro e pobre é preso só por existir, mais uma mãe negra e pobre sofre com a solidão. Chega de esculachar a população”.

“Chega de matar nossos jovens.”

Marielle Franco

SUMÁRIO

Presentación: Narrativas y respiros en medio a la militarización Marina Praça y Yasmin Bitencourt (Instituto Pacs)	9
Introducción: Militarización y la resistencia de las mujeres en territorios de conflictos en Brasil, en América Latina y en Palestina Gizele Martins	14
El estado mata antes de apretar el gatillo Buba Aguiar	20
La mujer y la defensa del territorio en México Daniela González López	28
La fortaleza de las mujeres Madres y familiares del Socioeducativo do Ceará	37
Armas de Israel matan en Palestina y en las favelas brasileñas Soraya Misleh	44
Periferia Negra Saney Souza	53

Ser un refugiado palestino es una cosa, pero ser una mujer palestina es otra historia

Jyussara Abadallah e Nada Ali

68

Vértigo: ¿que viene antes de antes de la militarización?

Elen Oliveira Ferreira

73

“!Yo, Mujer Baixadense, Resisto!”: El Impacto De La Militarización En La Vida De La Baixada Fluminense

Marcelle Decothe

81

Mujer negra, madre periférica: vivencias de una realidad militarizada

Entrevista con Marina Ribeiro, por Isabelle Rodrigues

90

Militarización en Honduras: vidas controladas después del golpe

Entrevista con Katherin Cruz Cerrato, por Isabelle Rodrigues

99

Autorías

106



PRESENTACIÓN

NARRATIVAS Y RESPIROS EN MEDIO A LA MILITARIZACIÓN

Marina Praça y Yasmin Bitencourt

Instituto Pacs

Mirar hacia las violencias vividas en el cotidiano es ver la militarización expuesta de diversas formas. En los cuerpos, esa realidad se transforma en parte sentida de la rutina. Todos los días, las mujeres despiertan cansadas del curro y ven a su día a día cruzado por las bombas, las armas y el miedo. Es un escenario compuesto por las operaciones, los “caveirões”, los blindados, el control constante, la persecución, con la población en el suelo y el síndrome de pánico presente como una epidemia. La militarización de la vida se hace tanto en la realidad material de la violencia cuanto en el sentimiento de la guerra encarada en cada rincón de la piel y del alma que se constituye, en las restricciones presentes en los cuerpos de las mujeres.

El Instituto de Políticas Alternativas para el Cono Sur (PACS), desde los juegos Panamericanos de 2007, en Rio de Janeiro – marco temporal de la presencia de los mega eventos en Brasil -, viene haciendo la denuncia de esta ciudad-mercadería en que el Rio se va tornando a expensas de cuerpos, vidas y historias. En esta publicación, el Pacs se propone a seguir mirando hacia esa realidad desde del punto de vista de las mujeres periféricas y de sus historias de construcción de

vida en medio a un proyecto de muertes, en lo cual sus cuerpos son restringidos a vivir.

La “ciudad maravillosa” de los mega eventos es la misma de los desalojos, de la violencia policial, del control por los grupos armados, de la violencia contra las mujeres, del asesinato de jóvenes y niños negros a camino de la escuela o en el transporte público, de cuerpos femeninos violentados y arrastrados por los policías, del ataque a la población LGBTQI+ y de la represión a manifestaciones populares por derechos. Es también la ciudad de la ejecución de la concejal Marielle Franco, mujer negra de la villa de Maré, socióloga, madre, militante, defensora de los derechos humanos y referencia en la lucha en contra de la actuación de grupos paramilitares y de la intervención Militar Federal.

“La ‘ciudad maravillosa’ de los mega eventos es la misma de los desalojos, de la violencia policial, del control por los grupos armados, de la violencia contra las mujeres”

Desde el sur global, el instituto denuncia históricamente el proceso de militarización en Haití, con la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH), y la guerra al pueblo palestino. Hoy, se vive en Rio de Janeiro la militarización de la vida a la ‘moda brasileña’. Una ciudad que se vuelve laboratorio nacional de los soldados entrenados en territorio haitiano y con armamento israelí.

El Instituto PACS resuena denuncias y se manifiesta junto a la población, contra las injusticias, violencias y violaciones de derechos humanos en los territorios. En el 2016, en el contexto de los Juegos Olímpicos, fue lanzado el libro “Atingidas: historias de vida de las mujeres en la ciudad olímpica”, que trae historias de luchadoras que vivieron en su piel el contexto de exclusión debido a la instalación del modelo de ciudad-mercadería. En el 2017, profundizando el debate, fue publicada la cartilla “Militarización del cotidiano: un legado olímpico”, que busca llevar adelante voces de resistencia de las comunidades, sectores sociales y personas amenazadas por la presencia militar. Allí están reunidos artículos, reportajes, entrevistas y infografías sobre las formas de militarización del día a día. Además, también consta el debate de la militarización a partir de la mirada de las mujeres.

Junto a este recorrido y buscando mirar para la realidad vivida por los pue-



blos empobrecidos y marginalizados de Rio de Janeiro, el Pacs, hace casi 20 años, trabaja también en la construcción de la crítica desde los territorios para denunciar al avance del capital en la zona oeste de la ciudad y la instauración de megaproyectos de desarrollo por la mayor compañía siderúrgica de América Latina, ubicada en el barrio de Santa Cruz. La Ternium Brasil, antigua TKCSA, desde hace el principio del siglo XXI tiene producido muertes en el territorio. Acompañamos la muerte de personas por contaminación del aire, la muerte de formas tradicionales de producción de vida y la muerte de la esperanza de tener a su vida de vuelta. En este ámbito, el Pacs produjo diversas acciones, campañas y conocimiento crítico, como el libro “Vidas atingidas: historias colectivas de lucha en la Baía de Sepetiba”, un trabajo que marca ese recorrido junto a las(los) moradoras, pescadoras(es), marisqueras y jóvenes y dialoga también con el cercenamiento de vidas, de potencialidades.

La militarización es también un megaproyecto estructural del desarrollo capitalista en su vertiente más violenta, racista y patriarcal, como mucho de lo que se ve en el avance de una economía liberal, transnacional y financiera. Es la sustentación de un modelo que se retrata todos los días en la producción de inhumanidad, desigualdad y exterminio.

En el 2019, en asociación con Gizele Martins, comunicadora comunitaria de Maré, esta publicación fue construida colectivamente, que trae el punto de vista de las mujeres de distintos territorios militarizados. Esas mujeres escriben sus historias, traen sus narrativas desde los lugares en donde viven. Esa red conectó historias desde Rio de Janeiro, pasando por los estados de Ceará y São Paulo, Honduras, México e incluso Palestina. Son narrativas que pulsán la lucha

por la desmilitarización de la vida, de las mentes y del cotidiano, y reflejan acerca de los impactos reales del convivio con ese escenario de dolor.

Son diferentes perspectivas de lo que es ser mujer. Existen semejanzas y particularidades en la lucha de las mexicanas, palestinas y brasileñas. Son caminos diariamente creados para la construcción de posibilidades de sobrevivencia y respiro en medio a tanta destrucción, al ataque a las formas tradicionales de se vivir, al genocidio de la población negra y no blanca y a la masacre de las poblaciones empobrecidas y periféricas. “Fortaleza de las mujeres: relatos sobre la militarización de la vida” trae prácticas de enfrentamiento a una política justificada por un modelo falso de combate a las drogas, al crimen organizado y a la violencia.

En medio a una realidad de opresión y silenciamiento, es urgente escuchar la voz de quien lucha para ser escuchada.

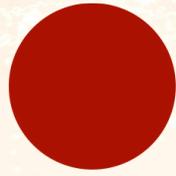
¡Buena lectura!

INTRODUCCIÓN

MILITARIZACIÓN Y LA RESISTENCIA DE LAS MUJERES EN TERRITORIOS DE CONFLICTOS EN BRASIL, EN AMÉRICA LATINA Y EN PALESTINA

Gizele Martins

La villa donde nací, Maré, es uno de los más grandes conjuntos de villas de Rio de Janeiro. Somos alrededor de 140 mil moradores distribuidos por más de 16 localidades. Allí tenemos museo, centros médicos, alumbrado en las calles, transporte alternativo, comercio local, agua, fiestas callejeras, comunicación comunitaria, todo gracias a la organización popular, a los grandes esfuerzos colectivos de trabajo (“mutirão”) y a la necesidad de buscarse la vida para tener su propio lugar. Así, lo poco que tenemos de políticas públicas hoy, fue por conquista, resultado de las luchas de los propios moradores. Cada villa se construye a partir de la organización comunitaria, como un refugio. ¡Es nuestra morada, nuestro hogar! La organización comunitaria es la solución cuando el Estado nos niega dere-



chos, cuando se vive en una sociedad que nos ve como un problema, como un enemigo, como aquellos que deben seguir al margen, incluso, del derecho a la vida.

En mi experiencia de sobrevivencia en Maré, lo viene a la villa desde el Estado, y cada vez más, es la militarización de la vida. En mis poco más de 30 años de vida, no me puedo olvidar de ninguna de las escenas de violación de derechos que vivencí: ya perdí una casa invadida por policías; perdí parientes por la violencia policial; tuve familiares detenidos solamente por ser moradores de la villa; pasé días y más días sin estudiar o trabajar debido a las innúmeras operaciones policiales y dejé de hacer lo que más amo, que es la comunicación comunitaria, porque fui amenazada por las fuerzas militares del Ejército brasileño mientras denunciaba las violaciones de derechos cometidas por ellos en contra de mi pueblo “mareense”, durante los años 2014 y 2015, periodo en que estuvieron en Maré, por el Mundial de Fútbol. Ya enfrenté a tanques de guerra en mi calle. Ya corrí de “caveirões”, ya me escondí en el sitio más seguro de la casa debido a los tiros de helicóptero, el “caveirão” volador; ya grité contra los asesinatos cometidos por las policías y por el ejército; ya chillé de revuelta por el ‘Muro de la vergüenza’, el muro del apartheid carioca, que separa Maré de las autopistas Linha Vermelha y Linha Amarela.

Todo es resultado de una política estatal militarizada, hecha para controlar a los pobres, pues sólo en Maré, en estos últimos 10 años, ocurrieron innúmeras violencias policiales: de parte de la policía Federal; del Ejército; de la Policía Militar, Civil, entre otras. Y ese impacto que vivencí y vivencio en Maré es realidad también en otras villas como Acari, Vidigal, en Baixada Fluminense, Cidade de Deus, Rocinha, Chapadão, Alemão.

Una prueba que la militarización es prioridad y política de Estado se nota cuando un gobernador como Wilson Witzel, electo con mandato de 2019 a 2023, viene aumentando sus relaciones con Estados que son referencias en la política de matar. Una autoridad que no esconde su racismo y su interés en militarizar vidas cada vez más. Witzel celebra las muertes en las villas, dice que la policía debe “disparar en la cabeza”, y desde el principio su mandato demuestra que los gastos públicos se van a la dicha seguridad pública, para comprar helicópteros y coches blindados (los caveirões), snipers, etc. El actual gobernador es solo una expresión de tantos otros que ya pasaron por el gobierno del Estado, tal vez una versión empeorada o más explícita.

Esa no es una realidad solo nuestra, que vivenciamos el espacio de villa y periférico de Rio de Janeiro. Así lo supe a partir del momento en que tuve la oportunidad de irme a otros estados, países y escuchar otras experiencias. Se pueden percibir las negociaciones entre los estados que nos aterrorizan. Los primeros caveirões que vinieron hacia Rio de Janeiro, comprados por los gobiernos anteriores, fueron importados de África del Sur. Todos fueron utilizados en

los tristes años de su apartheid.

Actualmente, los caveirões que aterrorizan las vidas negras y de la gente que vive en las villas en Rio, vienen de Israel. Las policías de Rio, durante los mega eventos, entrenaron en este país. Los drones usados para acabar con vidas palestinas también deben ser comprados por el gobernador de Rio. La empresa de cemento que construye muros que separan los pueblos palestinos es la misma que viene intentando entrar en países de América Latina, como Brasil, México, entre otros, y con la misma función: construir muros de apartheid.

“Los caveirões que aterrorizan las vidas negras y de la gente que vive en las villas en Rio, vienen de Israel”

O sea, esos países y empresas están entrelazados en su política bélica de control. Si paráramos para pensar, los pueblos empobrecidos son siempre estereotipados como enemigos del Estado, o sea, ellos nos definen como dianas e inventan una guerra solamente para controlarnos. En cada espacio, estado o país, las poblaciones atingidas por la militarización son las que históricamente sobreviven al racismo cotidiano, son las personas puestas siempre al margen de la ciudad, de los derechos, criminalizadas solamente por existir y resistir, para beneficio de algunos pocos: los blancos, ricos, los que gobiernan, los que detienen el poder.

Pero, en todos los espacios que estuve, siempre había una referencia de lucha, que obviamente no era un hombre blanco y rico, como

es siempre contado por el periodismo comercial, por la academia o por los libros. Era la figura de una mujer en la línea de frente. Eso he visto tanto en México, como en la Palestina, Colombia, Ecuador, África del Sur y tantos otros lugares que conocí en los últimos años.

Con esa conexión de experiencias de mujeres de las villas y de las que resisten en otros espacios sobreviviendo a la militarización, al encarcelamiento, al masacre y a los Estados terroristas, pienso sobre el hecho de que cualquier falta de derechos – incluso a la vida – es resultado de las políticas de Estado, lo que resulta en un genocidio muy bien planeado que, cuando quita las vidas de las personas próximas de nosotros, de nuestros pueblos, de nuestros lugares de vivienda y resistencia diaria, de construcción local, nos enferma aquí y en cualquier parte del planeta.

En las paginas de esta publicación, vamos a encontrar esas conexiones contadas por las propias mujeres que viven su cotidiano sin tener la elección de estar o no en la línea de frente, pues eso no es una elección, ni mismo un deber, es una condición de sobrevivencia, de querer vivos a si mismo y a sus pueblos. Cada una de las mujeres invitadas no solo relata su día a día - parecidos al relato sobre los impactos de la militarización, del racismo y del apartheid en mi vida -, como analizan las realidades, el racismo, el capitalismo y de donde vienen las armas que hacen nuestros lugares laboratorios de exterminio y nos matan.

¡Si ellos, los dichos dueños del poder internacionalizan la militarización, el racismo y el apartheid, nosotras, mujeres, internacionalizamos la lucha contra la militarización, el racismo y el apartheid!

¡La villa vive y resiste!

EL ESTADO MATA ANTES DE APRETAR EL GATILLO

Buba Aguiar

La militarización de los cuerpos marginalizados alcanza proporciones cada vez más grandes. Podemos percibirlo por el modus operandis de la actuación policial en las villas y periferias. El estado brasileño es el principal responsable por la construcción del pensamiento de que hay una clase de “cuerpos matables”.

Vivimos bajo la tutela de un estado policiaco que actúa por los intereses de las clases dominantes en detrimento de los derechos de los pueblos. La militarización de los territorios de las villas es un mecanismo utilizado para la manutención y perpetuación de los privilegios de quien ya los tienen y para el control de los individuos considerados al margen de la pirámide social.

La tortura, por ejemplo, es una huella no solamente de la época de la dictadura militar, sino también del periodo de la esclavitud, cuando diversos procedimientos eran usados para punir a los individuos que no se encajaban en los patrones sociales de la época, o sea, los negros esclavizados. Individuos que eran transformados en objetos y animales. El estado, todavía hoy, utiliza esos mecanismos para punir, de diversas formas, a aquellos que son construidos como “el enemigo”: la población negra y pobre.

Pero la víctima de la violencia del estado no es solamente el individuo directamente afectado por ella, sino también, por ejemplo, la

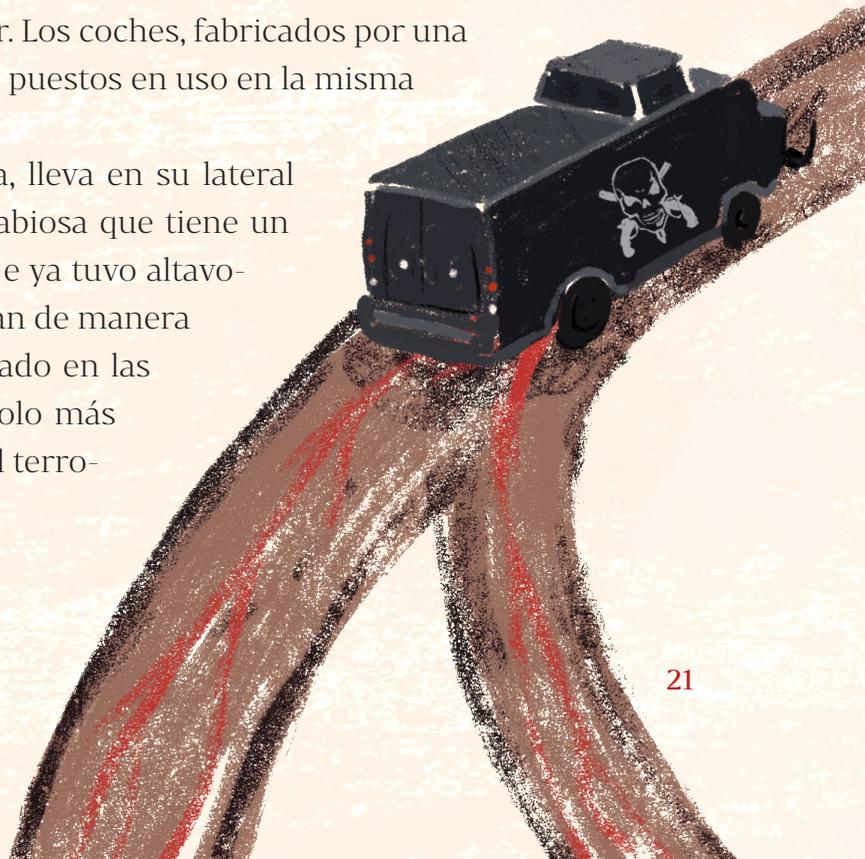
madre que llora por su hijo, ejecutado en la operación policial.

Todo el aparato usado por el estado en las operaciones, que violan los derechos del pueblo de la villa, es comparable a una situación de guerra. Además del discurso para el uso de tales herramientas, lo de la “guerra a las drogas”, ser falso y con una perspectiva explícitamente racista, aún está el hecho de que los dos lados más vistos en esta guerra, agentes de la seguridad pública y comerciantes de drogas al por menor, no están en pie de igualdad.

El principio del uso de los grandes vehículos blindados, conocidos como caveirões, ocurre en África del Sur, en el régimen del apartheid, para intervenciones en los guetos, en el 1948. Se puede decir que la finalidad del uso, allá y aquí, es la misma: política de segregación y exterminio. Oficialmente, el caveirão debería ser usado solamente para el apoyo en operaciones y para el rescate de policías heridos durante las acciones, pero su uso por la policía de Río es de combate.

En el 2014, el estado de Rio de Janeiro ganó ocho nuevos caveirões para las Policías Civil y Militar. Los coches, fabricados por una empresa sudafricana, fueron puestos en uso en la misma semana que llegaron a Rio.

En general de color negra, lleva en su lateral la imagen de una calavera rabiosa que tiene un puñal y dos armas en cruce, e ya tuvo altavoces adaptados que anunciaban de manera macabra la llegada del blindado en las villas. El caveirão es el símbolo más adecuado para representar al terrorismo de estado.







La violencia urbana es parte, de forma intencional, de la agenda política que nos rodea. Es necesario el análisis del aumento de la violencia urbana, sobretodo en la perpetuación del Estado como monopolizador de la violencia en la sociedad. Al instaurar la base para una sociabilidad violenta, el Estado tiene la excusa perfecta para el control y la vigilancia de la masa. Con foco en las villas y periferias de Rio de Janeiro.

Es importante también exponer la similitud entre las opresiones orquestadas contra el pueblo en otros países, como la Palestina. Brasil es uno de los principales compradores de tecnología y entrenamiento militar israelí, o sea, uno de los mayores clientes de la industria de armas de Israel. Los instrumentos usados en el genocidio del pueblo palestino es el mismo empleado por el estado brasileño en contra del pueblo pobre y de las villas. Eso podría ser solamente una comparación, si no fuera por el hecho de que la Policía Militar de Rio de Janeiro y el ejército brasileño hubiesen recibido renovación técnica y bélica importada de las Fuerzas Armadas israelís.

El estado actúa a través de la política del miedo en relación a los moradores de las villas. Esa política es puesta en práctica de varias

formas, no solamente con el uso de su brazo represivo, la Policía Militar, sino también con la falta de políticas públicas en esos lugares.

Además de toda la precariedad que el Estado nos impone, mántándonos, ora de poco a poco, ora de manera expresa, cuando una persona es muerta en la villa, la situación no afecta solamente a la familia, pero a toda la comunidad.

“El caveirão es el símbolo más adecuado para representar al terrorismo de estado”

Las marcas de la violencia del estado se pueden percibir en las personas que sufren esa violencia, no solo física pero también psicológicamente. Quien es cercano a las personas muertas por la policía puede entrar en un proceso de duelo interminable. Tal cual quien es agredido puede quedarse en un proceso de duelo sin fin. De hecho, todos los que viven un cotidiano de violaciones de derechos por parte del Estado, pronto o tarde, puede presentar daños psicológicos y ante las sucesivas violencias vivenciadas por nosotros, pueblo de las villas, eso no sería diferente en nuestro caso.

Al mismo tiempo que es asustador darse cuenta de que la gente sobrevive en lugar de vivir, en medio a ese caos. Y es también absurdamente asustador darse cuenta de que eso nos puede enfermar.

Entre final del 2016 y principio del 2017, relajé en relación a mi tratamiento terapéutico. Pero desde hace el principio del mes de enero de este año, la Favela de Acari, donde vivo, y varias otras villas, sufrieron con innúmeras operaciones policiales en las cuales los agen-

tes siempre practican violaciones y abusos.

Por eso, noté un aumento, tanto en la frecuencia cuanto en la intensidad, de mis crisis de ansiedad. Mi organismo cambia los patrones fisiológicos y psicológicos por el modo de reaccionar a todo este cotidiano de muertes, de sangre escurriendo, y de madres, hijas, primas, hermanas y esposas llorando.

Esas reacciones generan preocupantes tensiones corporales. Algunos profesionales de salud creen que la ansiedad puede colaborar para colocarnos en un estado de atención y alerta protegiéndonos de posibles peligros. ¿Pero cómo lidiar con eso cuando vivimos bajo el constante peligro, amenaza y violencia que vienen de un agente considerado intocable, como es el Estado y, especialmente, su brazo armado?

Nuestras mentes conocen nuestros miedos y cuando ellos parecen fantasmas distantes, ella trata de hacerlos presentes. Cierta vez estaba en mi trabajo formal y escuché el ruido de los fuegos artificiales que anunciaban la llegada de la policía en la villa. Eso me produjo una fuerte crisis de ansiedad. Solamente después de un par de horas, cuando ya estaba más calma, descubrí que no se habían encendido fuegos artificiales. Mi mente fue la que trajo mis fantasmas, en un momento inesperado. De la misma manera, se volvieron frecuentes las sensaciones de opresión en el pecho, los escalofríos, las palpitaciones, los temblores, las náuseas, la falta de aire, vómitos, tonturas.

En altos grados, la ansiedad conlleva una serie de problemas que se refieren a la salud física de quien sufre del trastorno. Las dificultades para dormir y las pesadillas están entre esos problemas, así como están entre los que detecté en mí. Han empeoraron des-

de hace unos tiempos, pues siguen ocurriendo muchas incursiones policiales con intercambios de tiros durante la noche. Hay también la práctica de la “Troya”, cuando los policías se quedan escondidos en alguna casa en la villa por horas hasta atacaren de sorpresa, sin una operación oficial.

En otro momento de mi vida, estuve en acompañamiento nutricional para conseguir ganar algunos pocos quilos y llegar al peso ideal para mi ICM (Índice de Masa Corporal), pero otra consecuencia de la ansiedad son los disturbios alimentarios, y por eso, los quilos que debería haber ganado, los perdí.

Los dolores de cabeza y en la espalda se volvieron compañías constantes, juntamente con la falta de ánimo para salir y estudiar. El cansancio tambien.

La vida se vuelve casi un maratón diario. Cuando termino el día me siento merecedora de una medalla: tomar el café corriendo para salir mientras ellos no entraron, perder el hambre en el almuerzo porque aún están en la villa humillando moradores. No ir a la facultad porque está ocurriendo una operación o porque el horario de salida de la facultad es tarde y hay riesgo de ser baleada en una de sus embos-



casas. Cuando es posible ir a la facultad mínimamente tranquila, ok. ¿Pero como estudiar con el sonido de los tiros, que muchas veces son disparados al azar por los policías?

Como sabemos, la causa de nuestro dolor es un elemento público, los agentes del Estado. Así que la reparación de los daños también debería ser pública, incluyendo atención clínica con terapias públicas de calidad.

Las terapias son de gran importancia para el autoconocimiento del individuo, en el mapeo de la razón que hizo que la persona desarrollase tal o cual disturbo. Importante también para que la persona pueda tener una vida de calidad y para que sepa manejar lo que le provoca las crisis.

¿Pero cómo tener una vida de calidad mientras la causa de la enfermedad pateea portones con botinas gruesas y chilla que ha llegado para llevar su alma?

El estado consigue matar antes mismo de apretar el gatillo.

LA MUJER Y LA DEFENSA DEL TERRITORIO EN MÉXICO

Daniela González López

En México la supuesta guerra contra el narcotráfico impulsada por los dos últimos gobiernos anteriores de derecha panistas y priistas encabezados por Felipe Calderon y Enrique Peña Nieto, dejaron como consecuencia la militarización y la violencia permanente en todo el territorio nacional.

Reflejándose en las masacres, asesinatos, desapariciones, violaciones, torturas y desplazamientos forzados, realizados por el crimen organizado, por grupos paramilitares, por policías y militares, a menudo en el contexto de la imposición de proyectos de muerte (mineros, eólicos, hidroeléctricos, turísticos y de fractura hidráulica) que despojan tierras y bienes naturales a los pueblos indígenas.

En Oaxaca se han otorgado 322 concesiones mineras para extraer plata, oro, cobre, zinc y otros bienes naturales. Los Valles Centrales es la región con la mayor concentración de concesiones, un total de 87. Alrededor de 80% del territorio de los Valles Centrales, la región más poblada del Estado, está concesionado a empresas mineras de Canadá y Estados Unidos.

Las concesiones mineras se otorgaron en 90 municipios del estado de Oaxaca por un periodo de 50 años. Dichos municipios no fueron consultados al momento de entregar las concesiones mineras.

Este contexto de agravios lo viven a diario las comunidades indíge-



nas mixtecas de San Isidro, Vista Hermosa, El Ojite Cuauhtémoc, San Miguel Tetepelcingo, Guadalupe, Nuevo Tenochtitlan - Oaxaca, México, en donde el grupo paramilitar Antorcha Campesina ha cometido agresiones permanentes para despojar sus territorios.

Es así que, diversas comunidades indígenas deciden entrar en resistencia. Y sin embargo, se les criminaliza, ejerciendo constante represión y violación a sus derechos humanos. Las y los indígenas que defienden sus territorios son asesinados o amenazados de muerte.

“Diversas comunidades indígenas deciden entrar en resistencia. Y sin embargo, se les criminaliza, ejerciendo constante represión y violación a sus derechos humanos”.

Esta violencia impacta de forma directa la vida de las mujeres que son dirigentas naturales de diferentes regiones indígenas del estado de Oaxaca, México. Esas mujeres están amenazadas de muerte por parte del grupo paramilitar Antorcha Campesina. Tal es el caso de Soledad Ortiz Vásquez, Esperanza Hernández Hernández, Bernardina Santiago López mixtecas, Claudia Tapia Nolasco mixte y Daniela González López.

Mujeres defensoras de los derechos humanos y de los territorios indígenas, a diario trabajan de manera voluntaria, acompañando y haciendo observancia para evitar las agresiones permanentes que los grupos paramilitares realizan en contra de diversas comunidades, además de la impartición y organización de talleres, foros, cursos, seminarios para la promoción, difusión y defensa de los derechos hu-

manos.

En la lucha por defender los territorios, han demostrado valor, inteligencia y dignidad para conducir sus acciones, con la base cultural histórica de sus Asambleas Comunitarias, de donde emergen los acuerdos colectivos de sus pueblos. No obstante a la hora de exigir justicia y castigo a los criminales, que mediante el terror han tratado de mantenerlas sometidas, se enfrentan a una cerrada red de complicidades, que se movilizan en los diferentes niveles del gobierno, para garantizar la impunidad de los agresores, quienes son protegidos y financiados por los mismos gobiernos priistas, panistas o perredistas mediante actos de corrupción.

Entrevistas a Defensoras de Derechos Humanos

Daniela González López

Coordinadora Internacional del Observatorio de Derechos Humanos de los Pueblos

“Es muy importante el contacto directo que tenemos con las luchas que los pueblos indígenas hoy están dando en el estado de Oaxaca y otros Estados del país, porque han buscado a nuestras organizaciones para la defensa de la educación pública y la defensa del territorio, contra la imposición de proyectos de muerte, que están despojando, acabando con la identidad cultural de nuestros pueblos indígenas y arrebatando los bienes naturales que les interesan a las empresas transnacionales, a través de la militarización y paramilitarizando de nuestros territorios”.

“El gobierno de derecha de Enrique Peña Nieto implemento tres aspectos: el militarismo, paramilitarismo y el crimen organizado, todo

esto se vio de manera muy evidente en la cantidad de asesinatos a líderes, lideresas polític@s y candidat@s, antes de las elecciones del 1 de julio del 2018. Estamos hablando de más de trescientos asesinatos. Otra muestra clara de todo este terror que implantó el gobierno, fueron las candidaturas para contender en algún puesto de elección popular, en donde de tres mil quinientos que se inscribieron, mil renunciaron, por las amenazas directas”.

“La lucha de las mujeres indígenas en el estado de Oaxaca y en otros estados de México es muy importante y no es gratuito que compañeras indígenas mixtecas y mixes estén amenazadas de muerte por parte del grupo paramilitar Antorcha Campesina”.

“La unión y la lucha que las mujeres estamos dando desde nuestras organizaciones populares es fundamental y desde ahí quieren acallar las voces de las mujeres organizadas, sin embargo, no lo van a lograr porque nosotras tenemos muy claro cuál es nuestro camino: a través de la construcción del poder popular y lo estamos demostrando desde una nueva forma de organización retomando las Asambleas como espacios amplios de análisis, discusión y toma de acuerdos para su ejecución, la educación popular, la economía solidaria, la nueva ideología que nos permita crear medios de comunicación populares, un territorio, equipos de seguridad y desde la defensa de los derechos humanos”.



Soledad Ortiz Vásquez indígena mixteca de Oaxaca, México

Consejera General del Consejo de Defensa de los Derechos del Pueblo CODEP e integrante del Observatorio de Derechos Humanos de los Pueblos

Narra los hechos de cuando sufrió el intento de asesinato y es amenazada de muerte por parte del grupo paramilitar Antorcha Campesina:

“¡Acábenla!, ¡no va a vivir para contarlo! y me rodean, yo grito: ¡me están agrediendo! entonces se dispersan, yo bajo, salgo y me dirijo hacia el hospital donde están los compañeros agredidos por parte del grupo paramilitar Antorcha Campesina y en ese día que estuvimos en el juzgado, aunque yo presente la denuncia de la amenaza que es un delito, dijo el juez que no procedió, porque yo no mostré miedo, que cuando salí del ministerio no me fui a mi casa, me dirigí al hospital y como están acostumbrados a recibir dinero del gobierno, actúan así, diciendo que es una pugna entre pueblos, para que nunca estemos unidos y de esa manera imponer esos proyectos mineros que ya están concesionados”.

“Nosotros como pueblos originarios ya entendimos que nuestro territorio es nuestra vida, nuestra casa, nuestra legua, nuestra forma de alimentación, aquí está todo y damos todo por nuestro territorio”.



“Como dueñ@s de nuestros territorios, jamás los vamos a dejar y Peña Nieto pretendió despojarnos, entregarlos, y los pueblos indígenas no vamos a permitir que los destruyan, porque es parte de nuestra vida, nuestra historia, nuestra identidad y pues aquí está el poder popular”.

Claudia Tapia Nolasco

Consejera General del Consejo de Defensa de los Derechos del Pueblo CODEP y dirigente de la Asamblea de Pueblos en Defensa del Territorio la Educación, Pública, Gratuita y los Derechos Humanos.

“Como mujeres estamos vulnerables ante los grupos que nos están haciendo daño. Siempre actuando de manera violenta. Siempre nos enfrentamos con abuso de poder”.

“Viví una experiencia el 10 de marzo de 2019. Fui elegida por la Asamblea de las colonias populares, contendí para un cargo público para ser Agenta Municipal de San Matin Mexicapán, una Agencia multicultural en donde viven representaciones de pueblos originarios de todas las regiones del estado de Oaxaca, un bastión del partido de derecha PRI, lo cual maneja grupos de choque, paramilitares y la trata ilegal de personas. Ellos querían sujetarnos. Sin embargo, no lo hicimos porque tenemos una ética de trabajar siempre de la mano de los pueblos, por ello nos enfrentamos al hostigamiento a la represión”.

“Producto de esa lucha sufrí un atentado de muerte y estoy amenazada de muerte por parte del grupo paramilitar Antorcha Campesina, por ser defensora de derechos humanos”.

“No por eso nos acallarán. Seguiremos en esta lucha, para exigir

justicia, para nuestro país, América Latina y el mundo. El deber de cada una de nosotras que luchamos por un mundo con justicia e igualdad, es seguir adelante”.

La Mujer y el Territorio

*Mujeres en lucha
Por la defensa de los territorios
Mujeres en lucha
Por la defensa de los territorios*

*Contra la imposición
De los proyectos de muerte
Minas, hidroeléctricas, eólicas, turísticas
Todos acaban con la vida*

*Los malos gobiernos generaron la violencia
Hacia las mujeres que luchan
Por la paz, la justicia y por la vida
Y los derechos humanos*

*No más paramilitares que generan el terror
Contra las mujeres y los pueblos
Y nos quieren despojar
Del territorio ancestral*

No más violencia hacia las mujeres

*Que luchan en sus regiones
Indígenas defensoras
De los Derechos Humanos*

*Que vivan siempre que vivan
Las mujeres y sus luchas
Defensoras de la vida
Generadoras de amor*

*Que vivan siempre que vivan
Las mujeres y sus luchas
Que junto a la madre tierra
Nos inspiran de amor*

Autora: Daniela González López

Música: Daniel González Navarro del Grupo Musical Taller del Sur

LA FORTALEZA DE LAS MUJERES

Mães e familiares do Socioeducativo do Ceará

Es como siempre digo: la policía ha acabado con mis sueños. Tenía ilusión de que mis hijos estudiaran para seguir la carrera militar. Cuando pequeños, les puse una ropa de policía, saqué foto y todo más. El cuadro está en mi casa hasta hoy, quité el polvo esos días, pero creo que siquiera lo voy a colgar. No deseo más que sean, ni ellos quieren, ser militares. No quiero mis hijos recibiendo un entrenamiento que embrutece.

Todos los días la policía entra en la comunidad. Llega, rebusca las casas, cachea a quien encuentra en el camino. Hace un tiempo, vienen en unas motocicletas que se parecen a los caballos del infierno. Si un perro ladra, disparan en él. Eso pasa en todas las comunidades. Lo digo porque un día estaba en una rueda de charla en la universidad acerca de violencia policial y había chicos de varias comunidades que se encontraban en Libertad Asistida y todos hablaron sobre como la policía actúa en sus territorios. Creímos ser mejor no decir de donde veníamos para no tener problemas con los chicos, pero las historias se repetían.

Dr. Cristian, el juez, estaba allá también y le pregunté: cuándo un niño es aprehendido en la comunidad, si no tiene dinero, le pegan y la policía aún forja un flagrante diciendo que él tenía droga. Lo llevan



POLICIA

POLICIA

POLICIA



para la comisaría – cuando lo hacen, porque a veces solo quieren el dinero – y cuando llegan al Instituto de Medicina Legal, donde hacen el examen médico forense, ¿quién se queda con el informe médico? ¿Quién tiene acceso a este documento?

Nosotros solo pedimos que se cumpla la ley. ¿Ya han detenido el chico? ¡Qué lo lleven a la comisaría! Otro día una chica llegó corriendo a mi casa porque le habían arrestado a mi hijo nuevamente. Fui allí corriendo y me enseñaron unos paquetitos, afirmando que eran de mi hijo. Yo les dije: ¡pues que lo lleven a la comisaría! Lo soltaron a la misma hora, pero mi hijo aún consiguió darles una parte del dinero que estaban pidiendo. En este caso, solo querían dinero. En los de otros hijos, quieren su dignidad: les pegan y se van. Vuelven el otro día, todos los días y el miedo regresa con ellos.

El que vive en una comunidad, tiene miedo, todos los días. Todos los días. Cuando llegan los agentes, los adolescentes ya corren porque saben: el que se queda va a sufrir agresión. Se esconden hasta en las alcantarillas. Se cogen a alguien, la persona tira lejos a su móvil porque sabe: si no lo hace, va a perderlo. Ya han invadido mi casa, pegaron fuerte a este mi hijo y a otro chico, robaron a una ca-

dena y al sueldo de mi marido. Obligaron a las chicas a sacaren sus ropas acusándolas de tener drogas. Para recuperar a los objetos no sabemos a quién buscar porque ellos no los llevan a la comisaría. Mi chico menor tiene 12 años y ha ido a jugar videojuegos allí cerca cuando la policía llegó abordándolo. Él me dijo que siquiera sabía cómo debía poner las manos en la cabeza.

Ellos ya sacaron fotos de varios chicos y enviaron para sus rivales para preguntar cuanto valdrían sus vidas. En el caso del chico no poder “cubrir” la oferta de los rivales, lo llevarían para el lado enemigo y lo dejarían allá. Y de hecho lo dejaron. De verdad lo hicieron, pero el chico ha podido escapar. Volvió muy herido e ensangrentado.

Cuando ellos aprehenden a alguien, nosotros corremos, llamamos a su madre y quedamos mirando la acción policial. Si Margarida está allá, yo me acerco. Si soy yo que estoy, ella también va. Y las otras llegan después. Es arriesgado. A ellos les parece malo que miremos, nos expulsan, nos mandan volver a casa, nos ofenden, nos llaman de “puta”. Golpearon a la madre del Vanderlei cuando ella pidió que parasen de pegar a su hijo. Aun así, nosotras vamos y quedamos mirando: ¿qué van a hacer contra

nosotras? No estoy allí para desacatar a nadie. Me quedo de pie, mirando, cerca.

No nos vale querer filmar porque nos cogen el móvil. Intentamos grabar para tener una prueba de las violaciones, pero nos prohíben mientras son los primeros a llamar a los programas policíacos para filmar a los chicos. Yo



no los veo, pero mis vecinas siempre avisan cuando nuestros niños salen en estos programas, justo a la hora en que están todos comiendo delante de la televisión. En estos reportajes, los adolescentes son siempre los culpables y la policía siempre actúa perfectamente. Además de la televisión, hay las fotos que los propios policías sacan y ponen en el Facebook o envían por Whatsapp.

En la comunidad, hay una casa abandonada utilizada solo para eso. Un sábado por la mañana llevaron al hijo de Margarida para esta casa. Ella se acercó, dijo que era su madre, estaba acompañada por una ONG, nuestra aliada, y que iba a llamar al reportaje en el caso de que no parasen de pegar al chico. Creo que ellos tuvieron miedo. La devolvieron el chico, con marcas moradas y muy herido. Cuando cogen un chico para llevar a la comisaría, llamamos al teléfono de la policía para localizar a la furgoneta. De la última vez, el vehículo solo apareció después de casi cuatro horas.

Cuando alguien es preso, siempre nos ayudamos para localizar al chico, llamar a la comisaría y descubrir informaciones. Cuando es adolescente, tengo más facilidad porque soy del “Grupo de Madres del Socioeducativo”. Pongo a mi blusa y puedo entrar con la madre o el padre del chico, para les explicar cómo funcionan las cosas. Allí hay una lucha para que no salgan descreídos de que hay otro camino posible después de sufrir tanta violencia de la policía, de los medios y de los narcotraficantes. Allí dentro su preocupación es mantener los chicos bajo control, sea cual sea el costo. Parecen olvidarse de que este chico tenía una vida antes, que hay gente luchando para que él sobreviva al sistema y que tenga una vida digna fuera de allí.

Vamos haciendo lo posible, enfrentando todos los días al miedo, a la humillación, cuidando de nuestros hijos y de las otras. Es difícil

tener la sangre fría para no explotar delante de tanta injusticia. Vamos ayudándonos, apoyando unas a las otras. Es una lucha diaria contra cosas que nos dan miedo incluso decirlas en voz alta. Este texto es una de las primeras veces que hablamos sobre eso fuera de nuestra comunidad. No sabemos los nombres – ellos quitan el nombre del chaleco y entran de gorra balaclava. De hecho, parece que los nombres no hacen mucha diferencia: los policías militares no se quedan mucho tiempo en un mismo sitio. Pero los que llegan siguen la crueldad de los que se fueron.

“Es difícil tener la sangre fría para no explotar delante de tanta injusticia”

Crueldad que amenaza castigar y capturar nuestros hijos a cualquier momento, que nos pone en riesgo se nos volvemos contra algunas de tantas injusticias. Ni el derecho de hacer fiesta lo tenemos.



El otro día, la policía llegó tirando botes de humo en el “São João”, salió en las noticias. Pero en el periódico no enseñaron a la noticia del baile que los jóvenes organizaron y acabó con la policía les pegando con una tubería de PVC, organizados en dos filas: una de niñas y otra de niños.

Me estoy planteando juntarme a mis vecinos para que pongamos un portal en la entrada de la comunidad. ¿Quién sabe así no se parece más a un condominio y nos dejan en paz? No sé si va a funcionar, pero intentamos ser protección para nuestra población lo máximo que podemos. Nuestra ciudad tiene ese nombre debido a una fortaleza militar, pero nosotros le damos otro sentido. Hacemos una fortaleza de mujeres cuyo el principal armamento es el amor por nosotras y por los nuestros.

Mariana, miembro del grupo Mães e Familiares do Socioducativo do Ceará.

ARMAS DE ISRAEL MATAN EN PALESTINA Y EN LAS FAVELAS BRASILEÑAS

Soraya Misleh

“Me acuerdo exactamente de cuando entraron en mi pueblo. Tenía más o menos 12 años. (...). Treinta y ocho personas fueron muertas en la plaza (por bombardeos). Estábamos cenando, la comida se quedó en el plato. Vi a mujeres que la bomba explotó, vi gente con la tripa toda abierta. Personalmente vi a un amigo, estudiábamos juntos. Vi, con mi edad. (...) Había sangre por todos lados, su cabeza cortada, el rostro todo blanco. Pasé mi mano sobre su frente para reconocerlo. Nunca me olvidé esta escena. Esa es la drama de los palestinos. Tomaron por la fuerza nuestra casa, nuestra tierra, la ciudad, todo”.

Así mi padre describe lo que vivió en 1948, en la Nakba (catástrofe, en árabe) – la creación del Estado de Israel en el 15 de mayo de aquel año en un 78% de la Palestina, mediante limpieza étnica planeada. Mi padre, tíos y abuelos están entre los 800 mil palestinos expulsados violentamente. Se volvieron refugiados desde hace 71 años, cuando más de 500 pueblos fueron destruidos. En el 1967, Israel ocupó militarmente el resto de Palestina (Gaza, Cisjordania y Jerusalén Oriental). Hoy son más de cinco millones de refugiados en campos y millares de palestinos en diáspora. La expansión colonial

sionista, en alianza con el imperialismo, sigue desde entonces.

Bajo esa perspectiva, Israel se volvió líder mundial en el desarrollo de tecnología para la militarización del cotidiano. Aumento que se dió, sobretodo, después de los desastrosos acuerdos de Oslo, firmados en setiembre de 1993 entre la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y Israel, con la intermediación de los Estados Unidos. Según la periodista Naomi Klein denuncia en su libro “La doctrina del shock – el auge del capitalismo de desastre”, Israel pasó a presentarse, después de Oslo, “como un tipo de shopping center de tecnologías de seguridad nacional”. En su libro, la autora afirma que, al final del 2006, año de la invasión de Líbano por Israel, la economía del estado sionista, basada fuertemente en la exportación militar, se expandió de manera vertiginosa (un 8%) y la colonización de tierras palestinas más que dobló.

Brasil lamentablemente se convirtió, aún en los gobiernos Lula y Dilma, en uno de los cinco mayores importadores de la tecnología militar israelí. En el 2014, contratos bilaterales llegaban hasta casi mil millones de reales, número que tiende a ampliarse bajo el gobierno de Bolsonaro, que se declara explícitamente pro-Israel. Además de los acuerdos con la Unión, gobiernos estaduais como los de Rio de Janeiro y São Paulo tienen dotado sus policías con las tecnologías y técnicas que sostienen la ocupación de la Palestina.

Resulta que las armas y los blindados israelís son utilizados tanto en la represión y criminalización de personas y movimientos sociales cuanto, y sobre todo, en el genocidio de pobres y negros en Brasil. Divulgado en 5 de junio del 2019, el Atlas de la Violencia, producido por el Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada (Ipea) y por el Foro Brasileiro de Seguridad Pública, muestra que 65,5 mil homicidios fueron registrados en el 2017. Del total, un 75,5% de las víctimas son negras. Sangre palestina derramada, sangre en las villas brasileñas.

Lágrimas de las madres aquí y allá. Las mismas armas.

Laboratorio humano

Los palestinos son los “conejos de Indias” de la militarización en las favelas brasileñas y mundo afuera. Solamente en el 2018 fueron 295 muertos y más de 29 mil heridos en territorios ocupados por Israel, según datos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Más de un 61% fueron atingidos en las manifestaciones por la Gran Marcha del Retorno, iniciadas en el 30 de marzo del año pasado en Gaza, que reivindicaban el retorno de millones de refugiados a sus tierras. Son niños, jóvenes, ancianos, hombres y mujeres. Periodistas, médicos y enfermeros integran la trágica estadística.

Gaza se volvió el laboratorio humano perfecto desde hace 12 años, a partir de la imposición por Israel de un cerco cruel a la estrecha franja. Masacres vía bombardeos son frecuentes desde entonces. En esa verdadera cárcel al aire libre, en la cual nada entra o sale sin la permisión de Israel – sea material de construcción



para elevación de las casas destruidas en sus ataques, sea medicinas, alimento o material escolar – son testadas nuevas tecnologías militares que después se destinan a la exportación. En el local más densamente poblado del mundo, donde sobreviven como pueden alrededor de 2 millones de personas, es grave la crisis humanitaria: Gaza está al borde de un colapso.

Blindados israelíes son parte de las adquisiciones brasileñas de equipos testados sobre los “conejos” palestinos. En una licitación en el día 21 de enero del 2013, el gobierno de Rio de Janeiro compró ocho blindados de la israelí Global Shield, por aproximadamente R\$ 6 millones. El negocio con el gobierno fluminense para la adquisición de los llamados caveirões sería considerado como una “oportunidad” para la Global Shield tener “el mayor show room de seguridad pública mundial” en el estado que sería la sede del Mundial de Futbol del 2014 y las Olimpiadas del 2016.



En São Paulo, blindados israelíes semejantes son llamados guardiões (guardiones). El primer lote, de las empresas Plasan y Hatehoff, llegó en el 2015 al costo de R\$ 30 millones. Otros cuatro, de la Carmor, fueron entregues el año siguiente, pesando al erario paulista en R\$1,4 millón cada, según sitios de noticias .

Además de esos y otros equipos, hay también entrenamiento por Israel a lo que llaman “policía comunitaria”: un eufemismo para las fuerzas de ocupación. Un ejemplo de esa asociación con gobiernos estatales fueron las Unidades de Policía Pacificadora (UPPs), instaladas en las favelas de Rio de Janeiro. La militarización – que se elevó vertiginosamente en los últimos años – da nuevo salto en el estado fluminense, bajo el gobierno de Wilson Witzel. Una indicación de que eso ocurriría fue su visita a Israel después de la entrevista que concedió a los medios brasileños al ser elegido, en la cual declaró que “la policía va a mirar en la cabecita y... fuego”.

En las rutinarias operaciones policiales en las villas de Rio de Janeiro – que enfrentan al apartheid social – esta nociva conexión se queda clara. “El ejército invade la villa y en sus operaciones hoy, en las periferias, hace los llamados “ficheros”. En las entradas y salidas de moradores de las villas, les revistan, cogen sus identidades, piden para que se queden esperando sentados en una silla para conferir si tienen algún tipo de violación o pasaje por la policía. Yo vi algo muy parecido pero de una forma mucho más intensa en Palestina, donde moradores en sus lugares, sus pueblos, sus territorios, son obligados a pasar por los checkpoints (puestos de control). Otra similitud es la presencia cada vez mayor de los choches blindados, que aquí en Rio llamamos caveirões, dentro de nuestros territorios empobrecidos, que son territorios negros, nordestinos e indígenas.

Actualmente, también se utilizan en las operaciones policiales en las villas, helicópteros que son una versión de estos blindados, “caveirões aéreos”, que disparan desde el alto hacia abajo en nuestras cabezas”, contó Gizele Martins, joven moradora del Complexo da Maré, en el Julio Negro en el 2018.

Activista del movimiento de villas de Rio de Janeiro y periodista comunitaria, Gizele presentó también un muro construido para ocultar la comunidad da Maré del paisaje fluminense – formada por 140 mil habitantes –, segregándola. Según informaron los moradores, el gobierno de Rio de Janeiro gastó R\$ 20 millones en su construcción. Mientras los palestinos denuncian y luchan también para poner abajo el “muro del apartheid”, uno de los muchos aparatos que violan sus derechos humanos fundamentales en el territorio ocupado. La población local resiste a desaparecer detrás de lo que llaman “muro de la vergüenza”, como contó Gizele, que recién visitó la Palestina ocupada, por invitación del movimiento BDS (Boicoteo, Desinversión y Sanciones) al apartheid israelí.

En Brasil, el movimiento de villas ha acercado la conexión entre los oprimidos en América Latina y Palestina. Audiencias y tribunales populares en el Julio Negro, además de la campaña “Caveirão No” son algunos ejemplos de la unión de esas luchas. La respuesta a la complicidad recíproca en el tema del apartheid y del exterminio ha sido la internacionalización de la resistencia. Súmanse a ella indígenas mapuches de Chile y campesinos de Honduras, por ejemplo, entre otras víctimas de las armas israelíes adquiridas por gobiernos de América latina, para alegría de Israel, que está volcando sus ojos a la región, sobre todo después de la pérdida de un 46% de las inversiones externas con el fortalecimiento de la campaña del boicoteo

en Europa en los últimos años. Lamentablemente, Brasil es la puerta de entrada para esos acuerdos. Delegaciones israelí y de los países vecinos se encuentran en territorio nacional para hacer negocios y apretar sus manos sucias de sangre.

Tales “productos” son expuestos en eventos internacionales de seguridad y defensa, como la Latin American Aerospace & Defense (Laad), llamada por activistas de “Feria de la Muerte”, que ocurre anualmente en Brasil siempre en Riocentro, en Rio de Janeiro, con excepción del 2018, cuando se realizó en Sao Paulo. Moradores de las



comunidades de Rio de Janeiro se unen a palestinos y organizaciones en las protestas contra la “militarización de sus vidas”, articulación que se expande tras cada edición del Julio Negro.

La campaña de boicoteo

Con la comprensión que su lucha es la misma, esos movimientos se suman, así, al llamado internacional realizado en el 2005 en la sociedad civil palestina por BDS (Boicoteo, Desinversión y Sanciones) a Israel. Reiterado desde entonces, el movimiento tiene la adhesión de nombres como Angela Davis y Desmond Tutu y trae como propuesta que gobiernos y la sociedad civil de todo el mundo promuevan embargos y sanciones a Israel hasta que se reconozcan los derechos fundamentales del pueblo palestino. Basado en la cam-



paña que ayudó a poner fin al apartheid en África del Sur en los años 1990, el BNS defiende el fin inmediato de la ocupación militar y de colonización de tierras árabes y la derrumbada del muro de la segregación, en construcción en Cisjordania desde el 2002, que divide tierras, familias e impide la libre circulación; la garantía de igualdad de derechos civiles a los 1,5 millones de palestinos que viven donde hoy es Israel, sometidos a aproximadamente 50 leyes racistas; y el retorno de los millones de refugiados a sus tierras.

El boicoteo académico y cultural es otra línea de frente de esta lucha. Entre sus demandas, están que las universidades cesen acuerdos de cooperación con instituciones israelíes – en cuyos laboratorios son realizados investigación y desarrollo de tecnologías militares – y que artistas no se presenten para el apartheid, como lo hicieron Roger Waters, Linn da Quebrada, Lauryn Hill, Snoop Dog, Lenny Kravitz y Elvis Costello.

Ese fue el pedido hecho en mayo y junio del 2019 para Milton Nascimento, en una campaña internacional que tuvo la participación activa de liderazgos indígenas, organizaciones sociales, de los movimientos negros y de villas. Milton infelizmente no oyó el llamamiento. Prefirió mantener su concierto en Tel Aviv, que sirvió, como alertado, de propaganda y maquillaje para encubrir los crímenes contra la humanidad cometidos por Israel, con la complicidad de gobiernos de todo el mundo. El sentimiento, sin embargo, no es de derrota; se abre la oportunidad para explicar lo que es la campaña, que gana visibilidad con esos acontecimientos.

La lucha es ardua, tiene altos y bajos. Persistimos. Resistimos. De la América Latina a Palestina.

PERIFERIA NEGRA

Saney Souza

¿La vida ante la democracia?

Estar viva hoy en día no significa solamente que haya hecho buenas elecciones o haya caminado por el lado correcto de la vida. Por increíble que lo parezca, eso no garantiza nada.

¿De qué lado está el racismo?

¿Lado izquierdo o lado derecho?

¿Antes o después del puente?

Cuando niña, escuchaba mi madre decir que no podía convivir con tal persona porque ella tenía costumbres raras y eso podría recaer sobre mí.

Hoy en día, en territorios negros, **la lógica de la vida** ante las elecciones es cuestionable. ¿Quién elige ser muerto?

¿Quién elige ser asesinada?

Ante ese modelo de desarrollo, las periferias, villas, comunidades ribereñas y de las selvas son las regiones más impactadas, cayendo bajo nuestro **cuerpo-territorio-sangre-dolor**.

¿Hay salidas para el no-dolor?

¿Dónde están?

¿Para quién están?

Una de las prácticas del bien vivir sobresale en mi vecindad bajo la forma de plantaciones comunitarias. El racismo ambiental es perverso y nuestra resistencia también viene de ejercer el derecho a la ciudad, a la vivienda, a la soberanía alimentaria y al acceso al agua a través de la práctica política de la agricultura urbana.

Mediante eso, la levedad, tan ausente por aquí, se hace presente. Una sensación de plenitud que nos invade llenando el corazón. Por la plantación y por la contemplación de la naturaleza – el monte – que nos rodea.

¿Existe alguna posibilidad de que pensemos en la contemplación de la naturaleza y el significado del suelo negro ante al piso en el que la madre ve a su hijo ensangrentado?

Es suelo. Es piso. Es tierra.

Tierra negra que llena de orgullo quien siembra alimento.

Tierra negra que la madre ve el cuerpo del hijo muerto.

¿Cual es la relación que creamos con la tierra?

¿Cual es la relación que creamos con la negra?

Madre negra... tierra negra. ¿Qué es lo que existe en estas reticencias?

¿Las percepciones podrían alinearse? ¿O siguen paralelas sin jamás encontrarse?

A cada momento que practico plantíos, al tocar la tierra, con la sensación de aahhh (y todos la sienten), siento también un dolor.



Dolor que no debería sentir. No en este momento. Me veo inquieta...

Bajo para plantar vida. Otras bajan para llorar la pérdida de parte de su vida.

El piso no es otro. La mujer no es otra. Es el mismo suelo de la madre negra...

¿Qué dicen las reticencias?

AL SUELO DE TIERRA NEGRA

La tierra

El suelo

¿Qué le sacamos?

¿Qué le dejamos?

Se entierran los plantones

Se cosecha el alimento

Se entierra el dolor

Se cosecha el sufrimiento

El mismo suelo de la madre negra

El mismo suelo de la madre negra

Que se alimenta contemplando a la vida

Que llora y no ve secar su herida.

El mismo suelo que aún alegrías

El mismo suelo que no ve salidas
Mirando a los árboles, respiro feliz
Mirando la sangre, me rebelo y no revido
Por un pelo...

¿Cómo pensar?
Gente planta
Gente muere
Gente se alegra
Gente sufre
Todo día, toda hora...
¿Cómo?

***“El racismo ambiental es perverso
y nuestra resistencia también viene
de ejercer el derecho a la ciudad, a la
vivienda, a la soberanía alimentaria y
al acceso al agua a través de la práctica
política de la agricultura urbana”.***

Esa poesía nació el día 19/07/2017, un día frío y lluvioso del “invierno carioca”. Fue una respuesta a un momento de construcción teórica y de convergencia. Hablábamos sobre una posible idealización de las luchas de agroecología ante la violencia estructural del capital. Un día antes habíamos participado de una rueda de mujeres en Maré. Literalmente vimos esta poesía nacer. La rueda de mujeres de la Red Carioca de Agricultura Urbana estaba participando del Julio

Negro de 2017 – 25 días de activismo alrededor del Día de la Mujer Negra Latinoamericana y Caribeña, celebrado el día 25 de julio de cada año (texto de una compañera de luchas y trincheras)

Nuestras raíces ancestrales nos direccionan hacia un recorrido ya iniciado. Hoy damos secuencia a pasos recorridos con sabiduría, sangre, lucha, estrategia y resistencia. La memoria es nuestro patrimonio y junto a ella nuestra fuerza no se desvanece.

Nuestros pasos vienen desde lejos...

¿Cuánto tiempo llevamos desde nuestra casa al centro de la Ciudad?
¿Cuánto tiempo llevamos desde nuestra casa hasta la “Baixada?”
¿Cuánto tiempo llevamos en los desplazamientos de una punta a otra de la Zona Oeste?
¿De un lado al otro de Campo Grande?
¿Por qué tomar tantos autobuses si aún estamos dentro del mismo barrio?

“Tantos autobuses y mucho tiempo dentro de ellos...”

“Nuestro sueño ya no es lo mismo desde hace mucho tiempo...”

Nuestros cotidianos se encuentran acercados por violencias de las formas más variadas.

Tenemos mucho coraje de salir de nuestros hogares para enfrentarnos a esa ciudad caótica y racista, donde vemos a cada día más y más

chicas jóvenes siendo violadas y chicos exterminados.

¿Qué hacemos con tanto dolor?

¿Dónde lo depositamos?

¿Cómo lo eliminamos?

Y una vez más, nuestro cuerpo ya violado, se vuelve enfermo...

¿De dónde viene el aliento?

¿Cómo veo y siento mi cuerpo en medio a todo eso?

Las persecuciones prosiguen, las revueltas también.

El cautiverio actual ejerce una ligación rabiosa con un dios que no existe. Con un dios que no reconocemos, incluso porque no nos acepta. Ese cautiverio nos quiere en silencio, acojonadas, atemorizadas, muertas.

La venda en los ojos de la justicia racista nunca estuvo a nuestro lado. La implacable herencia nos persigue confrontando a la razón. ¿Por qué un detergente en las manos de un chico negro lo lleva a la cárcel mientras 39kg de cocaína en las manos de un hombre blanco no?

¿Por qué los militares que disparan a un coche de familia con más de 100 tiros, van a aguardar el proceso judicial en libertad?

¿Por cuál sesgo pasa esa línea de raciocinio?

¡Un color, un tono, un pueblo!

Sabiduría soberana de reyes y reinas
Pies agrietados por el largo recorrido
La curva es sinónima
De que la atención necesita ser redoblada
Si viene, no corra.
Si mira, enfrenta.
Ojo en el ojo
Sin parpadear
No bajes la cabeza
La fuerza de la historia no lo permite.

Cada paso, un recuerdo
De batallas obsoletas
Quien dijo que siente miedo
No sabe el dolor del látigo

La estrategia de las flores funciona
La primavera sigue y nos une
La lucha solo fortalece
La resistencia de un pueblo que no se calla
Y no obedece

No hay más vuelta
Sabemos adónde queremos llegar
El pasado no nos abandona
Para nosotros, ancestralidad es honor.

En todos los rincones
En todas los callejones
Se observa a ella
Atenta a la montaña
Que nada la afecta
Y que la fortalece
Sin darse cuenta que por debajo de la trenza
Ella se desparrama
Entre lo que llamamos fuerza
Y ellos entienden como silencio.

El día amaneció
Como en aquella horrible y dolorosa noche
Rayos
Viento
Y lluvia



Esta vez hubo una rápida pero fuerte lluvia.

Me levanté y tuve que mojarme para el agua en casa no entrar.

05:30 de la mañana del 14 de marzo del 2019.

1 año se pasó

365 días...

Pérdidas

Muertes

Muchos disparos

No fue falta de suerte

Mucho menos mala suerte

Sobrevivimos en un sistema

Que todo el tiempo quiere matarnos.

No sé que es lo que lleva una persona a quitar la vida de la otra.

No sé si existe verdaderamente un motivo o una razón.

Estamos envueltos por injusticias y todas las formas de discriminación.

Nuestra raza se muere más que la otra

Adolescentes asesinados dentro de la escuela

Mujeres violadas a cada segundo

Yo todavía me pregunto

Hasta cuando suportaremos todo eso

Sin que el miedo y las lágrimas dejen nuestra esperanza aún más ensangrentada.

Odio crece
Rabia pulsa
Paloma blanca de la paz al infierno
El pueblo negro llena la cárcel y el cementerio.

La mujer se volvió semilla
Por mí, por nosotros y por las otras, seguimos
Con hermanos y hermanas soñando junto
Creo que nunca estaremos solas.

Sigamos a marchar, ¡adelante!
Los albores de Cartola han de brillar
Con la fuerza y sabiduría de las ancestrales
Elevamos nuestra bandera
Verde, amarilla y roja
Del luto a la lucha por una vida entera.

Brasil, Etiopia, Nigeria...

A toda la comunidad pobre y negra:
¡Venimos de la realeza!
Y nuestra historia cantada en la samba
Que ahora todo el mundo canta.

Es nuestro honor y gloria.
En la palma de nuestra mano
Hay callosidad y afecto
Ellos nunca van a conseguir traducir

Nuestro dialecto.

Rayos, viento, lluvia
Marzo no ha terminado
De la mano siempre avanzamos
Iremos hasta donde nadie jamás ha llegado.

14/03/2019

05:30h

Surgen nuevos tejidos

La conquista de la democracia sigue consolidándose a duras penas, pero con innúmeras personas desaparecidas o cobardemente asesinadas. Los derechos que hoy se están perdiendo debido al gobierno fascista fueron conquistados a través de mucha revuelta, auto-organización y lucha. ¡La acción directa ocurría de los guetos a las avenidas!

Dicen que nuestro pueblo hoy esta pacifico, muy “apático” en medio a tantos retrocesos. Pero, basta mirar para cada rincón de las periferias, villas, quilombos de la ciudad que vemos a personas organizándose.

Lo que antes era una organización de lucha en gran escala, al nivel municipal, hoy está en los territorios, barrios y sub-barrios. Hay el fortalecimiento y la ampliación de nuestros movimientos, y la agro-ecología surge como una forma de dialogar y construir territorios

de buen vivir.

Como dijo Gaudêncio Frigotto: “La agroecología debe convencer las mentes y los corazones de que nosotros somos elementos de la naturaleza. Hay una relación orgánica entre nosotros y el agua, nosotros y la tierra, nosotros y el aire”.

Ese movimiento de agroecología en Rio viene desabotonando a cada día, acercándose cada vez más a otros movimientos sociales, ampliando así sus redes en la construcción de una sociedad digna.

El escenario está cambiando. Y, con él, mujeres, protagonistas y referencias de lucha en sus (re) existencias, se unen y se fortalecen creando alianzas que forman redes, forman rueda, las cuales, con todas las diversidades, siguen hacia otro modelo de sociedad, sin patriarcado, racismos y machismos.



Cada vez más percibimos la potencia de las mujeres, de las juventudes en rueda. Y ella es revolucionaria, permitiéndonos ir mucho más allá de lo que imaginábamos...! Esa rueda nos glorifica! Enaltece nuestro recogido y reverencia nuestras historias de vida posibilitando que nuestras voces hagan cada vez más eco.

¡Basta de hacer a la mujer invisible! ¡Basta de mujer violentada!
¡Basta de joven negro muerto! ¡Nuestras prácticas agroecológicas pulsan!
¡Nuestros patios, campos, y plantíos tienen salud y curan!
Avancemos compañeras, destruyendo a ese sistema capitalista, cruel e injusto. Rompiendo con las amarras de la “competición entre nosotras mujeres”, avancemos con dignidad, alegría, entonando nuestros cantos y poesías, donde a cada día nuestros pasos se vuelven más fuertes.

Fruto de la trayectoria colectiva de las mujeres en militancia investigativa

Y en este momento mundial de extremismos e individualismo
Colectivicemos nuestros pensamientos y reinventemos nuestras
(re)acciones

Dialogando unas con las otras

Ampliando algunas concepciones, ¡seguimos!

En la esfera del feminismo periférico

En el ámbito de la agroecología popular

Las mujeres se vienen juntas

Aún ante al “dueño del latifundio” intentando separarnos

Caminemos, de la mano
Sembrando, la cosecha va a ser abundante
Conjugando con el verbo Esperanzar
No caeremos
Por más fuerte que sea la tempestad...

Mujeres construyendo “patios” de buen vivir
¡En los territorios periféricos de la ciudad!



SER UN REFUGIADO PALESTINO ES UNA COSA, PERO SER UNA MUJER PALESTINA ES OTRA HISTORIA

Jyussara Abadallah e Nada Ali

Somos dos refugiadas palestinas – la mayoría de los palestinos son refugiados, expulsos de nuestras casas por Israel. Nuestros abuelos se establecieron en el mismo campo de refugiados, llamado Al Jalazoon. Venimos originalmente de una región que sufrió limpieza étnica, y que nosotras nunca tuvimos la oportunidad de visitar. Sin embargo, nos conocimos fuera del campo de refugiados, mientras actuábamos en la lucha por la construcción de una sociedad palestina inclusiva, libre de todos los tipos de opresión y de racismo. No tenemos idea de donde exactamente nos encontramos, pero estamos seguras de que ha sido durante un evento en solidaridad a los prisioneros que pasaban por una huelga de hambre o en una visita solidaria por las familias mártires.

Sabemos, según las historias de nuestras abuelas, que nosotras, mujeres, somos el principal factor de preservación de la identidad y mismo de las vidas de refugiados palestinos después del trauma de Al-Nakba en 1948, y que ahora ese es todavía nuestro rol al crear las



próximas generaciones para que entiendan y luchen por nuestros derechos. Sabemos también que la mujer palestina siempre fue parte de la lucha nacional por libertad y justicia. Y eso es además inquietante para nosotras porque estamos seguras de que nos consideran “amenazas demográficas”, por el simple hecho de ser capaces de producir a la próxima generación de palestinos. Esa función y capacidad de reproducción de nuestro pueblo, que las políticas de apartheid israelíes reprimen y limpian étnicamente desde hace décadas, ha conducido varios líderes políticos y personalidades académicas israelíes a lanzaren llamados para matarnos o violarnos.

Jussara tenía 7 años cuando su familia – una madre colombiana, un padre refugiado palestino y sus hermanos – huyeron de Colombia para Palestina. Huyeron de las explosiones y de medidas militares que amenazaban su vida en Bogotá, para la casa de su abuelo en el campo de refugiados Al-Jalazoon. Parecía mucho más seguro a la época.

Después que la revuelta popular conocida como “Segunda Intifada” estalló en el 2000, sus padres perdieron sus empleos y la situación económica se complicó. Sus pasaportes expiraron debido a los bloqueos que Israel estableció para impedir que personas se moviesen de un área al otro. Ellos no consiguieron acceder a la embajada y se volvieron ilegales. En el 2012, su madre tuvo que ir a Colombia por una emergencia. Desde entonces, Israel, que contrallaba las fronteras y, de hecho, todo lo que era su tierra natal, prohibió su retorno a Palestina. En resumen, ella describe su vida en el campo como un constante estado de miedo y tristeza. Ahí se puede perder a sus amigos y amados a cualquier momento, ellos pueden irse a la cárcel, a la tumba o quedarse en una silla de ruedas. Vivir en el campo de refugiados significa pensar a cada mañana: “hoy estoy acá, pero no tengo idea de dónde voy a terminar o

de que va a pasar conmigo”.

Nada fue creada en una casa lejos del campo, hija de un padre refugiado y de una madre que tuvo su propia experiencia con la opresión israelí. Al crecer, escuchó centenas de historias acerca de la lucha y la resistencia, además de historias horribles sobre cárceles, asesinatos y privaciones en los campos de refugiados. A lo largo de toda su vida, fue sujeta a situaciones de acoso en puntos de verificaciones militares, restricciones para mudarse o viajar, revistas, además de invasiones nocturnas de fuerzas israelíes tal cual la que resultará en la prisión de su hermano menor. La historia de sus padres y su propia experiencia con el colonialismo y con el apartheid hicieron que ella percibiera la importancia de ser activa en la lucha por un futuro mejor.

Como parte del movimiento feminista palestino, sabemos que la lucha de la mujer palestina no es la única de ese tipo y que mujeres de cualquier

lugar del mundo enfrentan sufrimientos que las afectan porque son mujeres.



Están, así, enfrentando una carga doble en su día a día. Creemos también en la importancia de unir esfuerzos de toda la población, grupos, movimientos y organizaciones alrededor del planeta en favor de un mundo libre de todas las formas de opresión, apartheid y racismo.

Sabemos que de hecho no estamos solos y que el pueblo oprimido alrededor del mundo enfrenta las mismas luchas que nosotros, todos los días. Lo que más nos duele es saber que Israel testa sus modelos militares en nosotros para después venderlos a otros regímenes represivos, y así que los utilizarán en nuestros compañeros de lucha.

Palestinos y refugiados dentro de la Palestina o en diáspora, van a seguir luchando hasta que todos sus derechos sean reconocidos. Mujeres refugiadas, una parte integral de esta lucha, no descansarán hasta que las próximas generaciones no tengan que vivir bajo la opresión que enfrentan constantemente.

El pueblo unido jamás será vencido.

VÉRTIGO: ¿QUE VIENE ANTES DE ANTES DE LA MILITARIZACIÓN?

Elen Oliveira Ferreira

Soy mujer, nací y fui creada en el Morro de la Providencia – la primera villa de Brasil-, ubicado en el centro de la ciudad de Rio de Janeiro. Pasados 30 años de mi coexistencia, atravesada por el tiempo en lo cual territorio y yo nos reconocimos uno al otro, padezco los disgustos de lamentar, pero también de denunciar el genocidio de la población negra de la cual formo parte, en el lugar en disputa en donde (con) vivo. Ante las reiteradas ideas de muerte que nos son impuestas por el Estado, reflexiono acerca de los impactos de estas políticas asesinas sobre los cuerpos de quienes se quedan, cuidan y crean estrategias de sobrevivencia a los dolores lacerantes y secularmente perpetrados en los cuerpos de las villas de Rio de Janeiro. Esa es una mirada tridimensional de la negritud que vive el presente aún encadenada al pasado en lo cual el racismo era el pilar de la vida. El camino hacia el futuro es luchar por la humanización de esos cuerpos, absolutamente negada por el sistema capitalista, sexista, y, sobretodo, racista.

En los callejones de la ‘Travessa Verônica’: reconocerse mujer negra junto a tantas madres, tías y abuelas que lloran por sus chicos.

Hablo desde las redes de saberes de las cuales formé parte y que formaron lo que sé. Me ayudaron a volverme un ser político, protagonista de mi existencia, delante de ese mundo racista. Me enseñaron a buscar razones internas y externas para estar de pie. Por decenas de veces, durante los primeros años de mi vida, lloré las violencias de la marginalización social impuesta a las personas negras y pobres de este país. Lloré junto a las mujeres que vivían en la Travessa Verônica, callejón de escaleras en lo cual crecí.

La mayor parte de esas mujeres se ocupaban de las tareas domésticas, siendo 'jefas de familias', aunque casadas, en una concepción ampliada donde, además de cuidar del hogar y de los niños, eran también responsables por garantizar la alimentación y el dinero. La autonomía algunas veces conquistada, representaba también tener que crear a sus hijos sin un compañero al lado, ya que esos hombres se sentían disminuidos y destituidos de su único papel de proveedor. Seguían solas o escondían el dinero ganado y permanecían ahí, junto a sus compañeros, demostrando ser menos, pero sin dejar de lado la urgente realidad que las invitaba a actuar. Había también hombres que abandonaron a sus familias o estaban presos o incluso muertos.

Las madres, tías y abuelas eran las grandes responsables por los afectos formadores de ciudadanía, demostrando niveles diversos de compasión para con sus pares antes los contextos enfermos y adversos que se presentaban cotidianamente.

Entre esos callejones y cuevas, fui forjada en lagrimas y discreta en sonrisas. Cerrada en mi propia casa con las recomendaciones familiares de no abrir la puerta para desconocidos, crecí con voces que pedían ayuda en medio a los conflictos armados, que ensangrentaban los espacios por los cuales me iba a la escuela. Pocas cosas me parecían ser

atractivas al punto de hacerme caminar por aquellas vías mas que el necesario.

Después de los tormentos armados feroces en los años 90, los llantos abundantes de algunas mujeres robaron noches y madrugadas afiñándose a mi rutina insomne, preocupada y repleta de angustias por escucharlas. Las razones eran siempre muy dolorosas. No había llanto que fuera suficiente para la prisión o muerte de un hijo, más aún para ellas que fueron enseñadas a cuidar de sus familias antes de cuidar a si mismas, y a hacerlo bajo cualquier condición. No se hablaba sobre dolores menores que estos. Seria un insulto ante las barbaries que ocurrían allí. Así, se forjaron las lagrimas que deberían ser guardadas para las muertes venideras.

Mujer en formación en la favela: el Colegio y la Iglesia Cristiana.

Mi rutina abrazaba a la enseñanza y alguna fuente de formación moral: la iglesia evangélica. El local se volvió una distracción posible para la cual muchos niños se encaminaban para acceder a algún espectro de la cultura y del arte cerca de sus casas, a veces compartir una merienda. Al fin, aquello era lo “nuevo” ante la ex-



pulsión de las religiones de matriz africana, antes presentes en patios acogedores donde se compartían también alimentos. Muchos dejaron forzosamente de ocupar el espacio, pero no salieron de la historia local. Desafortunadamente, los cultos afro por veces eran identificados, según la concepción cristiana que adentraba el territorio, con la pobreza espiritual y moral.

Mi familia formada por norteros, ya muy destituidos de sí mismos en función de las necesidades de adaptación a los nuevos lugares donde llegaban y buscaban establecerse, me señaló una de estas iglesias, la evangélica por ser la más cercana, pensando en la posibilidad de ocio y sociabilidad que yo podría experimentar.

Sabía que para ser aceptada debería alcanzar determinado patrón. Aceptabilidad significaba compartir las emociones más banales y cargadas de afectos con los pares de allí y obtener atención, cariño y ternura, relaciones difíciles de experimentar espontáneamente en las calles y mismo dentro de las casas. Era muy difícil, pero no había otra opción además de casarse, multiplicarse y dedicarse a la causa, desistiendo de los “sueños mundanos” (ejercicio político del yo) por algún Dios.

Años después, madre, puse en el mundo tres otras chicas y me encontré una vez más con el llanto de las mujeres, de lo cual ahora yo formaba parte activa. Los desafíos se presentaban en todos los espacios: en la conquista de plazas en la guardería, en la búsqueda por empleo formal, en la posibilidad de seguir con los estudios, en la necesidad de decir al compañero que yo era un ser hecho de deseos y voluntades, entre tantas otras cosas aparentemente básicas que hacían parte de la noción de ciudadanía que un día la escuela me presentó.

Me volví profesora para seguir en el eterno proceso de aprender, más que enseñar, y orientar siempre que posible quien vino después de

mí, sobre lo que dejar y lo que llevar de esta comunidad en la cual estoy y soy, pero sobretodo, a construir colectivamente maneras de transformar el mundo.

Caminar hacia si misma: la violencia de ser mujer y estar mujer allí

Ante las dificultades sociales, emocionales y financieras puestas a la mujer, incluso para el ejercicio de la religión cristiana que la orienta, la pasividad se muestra insoportable, insostenible y cruel. La dependencia de un hombre como proveedor único y la limitación del ser político femenino disminuyen considerablemente la posibilidad de construir autonomía social, y perjudica inmensamente la vida de las mujeres violentada por la contingencia de sus cuerpos y por silenciamiento brutal acerca de si y del espacio que diariamente construyen de manera colaborativa.

Darme cuenta de ese panorama en mi rutina hizo que yo me moviera para transformar la realidad que vivenciaba. La maternidad, por largos periodos y ejercida sola, después del término de más una relación la cual rompí para mantenerme viva, me acercó a otras historias sobre ser y estar mujer en una comunidad periférica, que excluí y silencia los saberes femeninos políticos y revolucionarios vivos en sus espacios.

En aquél momento, después de rebelarme en un matrimonio lleno de amenazas y agresiones, salir de casa materializó el camino elegido por mí según mis creencias anteriores. Me volví mundana, aquella que es reconocida como responsable por sus propios dolores.

Impulsada además por un movimiento educacional de acceso a la enseñanza superior, me encontré con aquello que entendía como lo más importante en el cotidiano de la vida en la villa: oportunidades. Así,



retomé mis pasos hacia la educación. Ese camino me permitía sentir que no estaba sola y desamparada por haber elegido ser, políticamente, la mujer que soy. Ese lugar me permitió ampliar el eco para que, otras mujeres parecidas conmigo pudiesen dar pasos hacia si mismas y trillar, por distintos accesos, la redescubierta del “yo”. Las reuniones con mis amigas de la niñez fueron formando un espacio importante en ese camino.

En los intercambios y letras osamos encontrar la libertad conquistada de quien nos alcanza por elección y busca acogernos mirándonos bajo otras perspectivas. Son tramas como esas que nos posibilitan soñar con la señal de un futuro por lo cual cotidianamente luchamos y construimos. Entre tantas historias sobre violencia, a partir de una mirada ampliada, busco en este texto evidenciar las narrativas sutiles que indican la destitución del ser, de las voluntades y de las potencias femeninas antes que ellas puedan darse cuenta de las relaciones externas de amenaza conflagrada.

Los fragmentos abajo son transcripciones de hablas de cuatro mujeres, con edad entre 24-28 años, que autorizaron que yo las publicase.

“Estoy bien.... Otro día, J. no quiso salir conmigo. Llevo tres años así. Dije que iría a lo de mi madre y él me preguntó si la casa ya estaba arreglada. Contesté que sí. Él fue conferir y dijo que todavía faltaba planchar su ropa, pero todas las ropas ya estaban planchadas en las perchas. Él sacó todas las ropas, las tiró al suelo y dijo: no, no están. Planché las ropas y solo después salimos. No pude visitar a mis padres. [...] El pastor dijo que la mujer tonta derrumba a su hogar con sus propias manos, pero la sabia lo edifica. Ciertamente, mi esposo va a mejorar, necesito tener fe”

“Amiga, estoy bien. Corre acá, E. me dio un puñetazo en la boca y no

sé que hacer [...] ¿Para que dejé los caminos de Jesús?”

“Estamos muy bien! [...] Él tiene un juego indelicado... cuando esta nervioso, me pega golpes en la nuca. Fuertes, duelen. Sé que cuando aceptar a Jesús, eso va a cambiar. Seguiré buscando [la orientación divina]”

Después meses de diálogos y apuntes sobre violencias, derechos de la mujer y acceso a los servicios públicos de atención social y salud, todas se divorciaron. Yo, perseguida por uno de sus exmaridos, necesité mudarme a otro barrio. Y justo el discurso de esta mujer fue el que me sensibilizó más, pues entró en otro matrimonio, seguido de la separación, tan agresivo como el primero.

“¡Él me ama mucho! Todo muy bueno. Él es un poco celoso. Pero estamos volviendo a la iglesia, es un hombre de Dios. Pero a veces no puedo: llevo mi hijo al medico y él pide que le presente el atestado”

Ante la dificultad de conseguir apoyo en su propia familia, esta amiga persistió en la relación y vive conflictos aún más serios hoy, y aunque consciente de sus derechos, sigue rehén financieramente de su compañero.

Esas son mujeres que vemos, pero no las percibimos tal como son.

Muchas no saben el suficiente de si para interpretaren su mejor papel.

Otras poseen contornos tan esbozados a nuestros ojos que parecen poder deshacerse delante de nuestra mirada.

Poden no estar más allí.

*¿Dónde
Empiezan
Las guerras?*

“!YO, MUJER BAIXADENSE, RESISTO!”: EL IMPACTO DE LA MILITARIZACIÓN EN LA VIDA DE LA BAIXADA FLUMINENSE

Marcelle Decothe

La Baixada Fluminense, en la región Metropolitana del Estado de Rio de Janeiro, es donde se asienta el imaginario de muchas de nosotras sobre los efectos de lo que llamamos “Violencia Urbana” y “Militarización”. En esta región, los datos sobre homicidios, matanzas y desaparecimientos forzados nos exponen un proceso histórico. Según los datos del Instituto de Seguridad Pública (ISP), compilados por el Fórum Grita Baixada, solo en los tres primeros meses del 2019 hubo un recrudecimiento de la violencia policial, aquella practicada justo por quienes deberían velar por la seguridad del pueblo del Estado de Rio. De acuerdo con este análisis, en los tres primeros meses del 2019 se registraron 137 casos de ejecución por “resistencia de particulares” en Baixada Fluminense. Un aumento de un 11,4% en relación al mismo periodo de año anterior. En el 2018, los números de esta modalidad de violencia letal ya eran mayores que los del 2017.

Es importante resaltar que a pesar de la población de la región ser la mitad de la capital carioca, el área metropolitana presenta ta-



sas de homicidios y violencia, en general, mucho más alarmantes. De inicio, como forma de describir el contexto de donde nos vemos siendo cuerpos que circulan y habitan en este territorio, cabe decir que, en el caso de Brasil, aunque la mayoría de las víctimas de homicidios sea de género masculino, - nueve en cada diez son hombres, siendo un 75% negros y un 59,1% jóvenes entre 15 a 29 años -, es en las mujeres que vemos la resistencia de luchar por quien fue asesinado, por quien se quedó y por el proyecto de sociedad que queremos implementar en la Baixada Fluminense.

A partir de nuestras vivencias y subjetividades, conseguimos mensurar el impacto de esa violencia letal en nuestros propios cuerpos, además de nuestros hijos, maridos e hijastros. Sentimos la violencia de impacto “directo e indirecto”. La violencia directa es representada por los datos oficiales: en el año 2016, 10.652 mujeres sufrieron lesión corporal dolosa – cuando hay intención de causar daño corporal o agredir a la víctima – en la Baixada Fluminense. El Estado de Rio de Janeiro contabilizó un total de 44.693 lesiones corporales dolosas, luego, solo la Baixada representa alrededor del 24% de este total (ISP). Ya el impacto indirecto compromete diariamente nuestra salud física y mental. En el año 2017, un grupo de moradoras de Baixada Fluminense participó de una “Cartograffa Social” que tenía el objetivo de debatir el impacto de la militarización en la vida de las que están inmersas en el cotidiano del territorio baixadense. Nosotras, mujeres, que vivimos en la Baixada, identificamos que la práctica y reproducción del machismo son importantes propagadores de la inseguridad que sentimos cuando usamos servicios públicos y privados en nuestros municipios. El machismo, que quita oportunidades y viola derechos fundamentales de las mujeres, apa-

reció en la cartografía a través de la manera como los agentes del estado (principalmente los policías) y demás funcionarios públicos en el ejercicio de su servicio atienden a las mujeres. Fueron constantes las vivencias del machismo compartidas en ambientes de trabajo formal, transporte público, relación con la policía y en la ausencia del derecho de ir y venir, a cualquier hora de la noche, en algunos barrios de los municipios de Baixada Fluminense.

Desde el principio, la construcción de la narrativa sobre “que es ser una mujer en la Baixada” ha ampliado nuestra mirada sobre lo que es militarización y de que manera las violencias derivadas del racismo y del machismo son determinantes para la construcción de nuestra identidad y de la relación con el territorio en lo cual habitamos. Entender la militarización más allá de las operaciones policiales en los municipios de la región, del uso del “caveirão” y de otras armas letales por la mano armada del estado, fue primordial para comprender lo que, para nosotras, mujeres, significa vivir bajo la constante presencia de la práctica militar de control social, sea por la policía, sea por grupos de exterminio o por los paramilitares.

El uso del caveirão en Castelar (villa de Belford Roxo), la violación sin solución en la plaza en Coelho da Rocha, la matanza en Nova Iguaçu, la fosa en Nilópolis, la “guerra” entre facciones en Mesquita, el grupo de exterminio en Caxias, los paramilitares en Seropédica.

Para nosotras, estas formas de violencia son resultado del proceso cotidiano de militarización en nuestros territorios. En nuestros municipios observamos la actuación de diferentes actores estatales y no estatales para entender el porqué lo nuestros y nuestras sean los más afectados. ¿Por qué seguimos muriendo? ¿Por qué nos privan de estudiar? ¿De tener acceso a la salud? ¿Por

qué en nuestros barrios, históricamente, la violencia es perpetuada por la policía, por grupos de exterminio, por milicias e incluso por nuestros maridos y compañeros? Son muchas las Baixadas, realidades diferentes, pero en el fondo, similares en su reproducción cotidiana del dolor. Ser mujer aquí es un acto de resistencia”.

¿Por qué la movilidad urbana por aquí puede ser vista como un acto de violencia y militarización? ¿O mismo el acto de buscar acceso a la salud o a la educación? Nosotras, mujeres, en general somos aquellas que sostienen el hogar, creamos nuestros hijos y/o hijastros, tenemos el trabajo de “fuera”, aquel que nos hace tomar el tren tempranito para atravesar la ciudad – para que muchas veces trabajemos en servicios domésticos en casas de las zonas ricas de Rio -, o para constatar que nuestras madres y abuelas pasan más tiempo creando a los hijos de los ‘otros’, los jefes, que a nosotros mismos.

El acto de atravesar la ciudad puede ser marcado por muchas cosas. Por ejemplo, es importante recordar el caso de Joana, joven asesinada cuando intentaba tomar en tren en Coelho da Rocha para ir a la Facultad. Joana tenía 19 años, fue arrastrada por el tren y su cuerpo se quedó en la vía por más de seis horas hasta ser retirado. “Un accidente”, “Un cuerpo”, “Uno más”. Constantemente esa



es la narrativa adoptada por los medios cuando abordan las cuestiones acerca de la Baixada Fluminense.

¿Pero será de hecho un accidente? ¿Por qué el Estado tiene tanta dificultad en asumir la culpa estructural sobre el genocidio que es perpetuado en las villas y periferias de Brasil? Genocidio que tiene color, nombre, territorio y rostro, rostro de millares de mujeres que tienen su vida impactada por la herramienta estatal de la militarización. Luchamos para que el eje que nos conecta no sea el dolor y sino la esperanza y los cambios estructurales. Nosotras, mujeres, lideramos procesos de búsqueda por justicia, por la defensa de los derechos humanos, estamos en el campo y en la ciudad, cargamos el bagaje de diversas generaciones entre nuestras madres, hijos y nietos. En la Baixada somos las que primero estamos para lidiar con las dinámicas sociales y criminales que nos violan y criminalizan.

En medio al dolor, nos atrevemos a reinventarnos y a tener esperanza. Si, la reinención cotidiana de la mujer baixadense está en el acto de seguir respirando. A pesar de todo el machismo, racismo y perpetuaciones de otras violencias, esa mujer se levanta todo los días, enfrenta el acoso en el transporte público, el racismo del jefe, la mirada estigmatizada por ser “baixadense”, les cuida a sus hijos, se torna el pilar de su familia, reza, pide a los “orixás” fuerza para aguantar el día de mañana, enfrenta al estado, pide justicia. Nosotras, definitivamente, no somos solamente una estadística negativa, somos la resignificación de la guerrera, que produce y conduce su propio destino apropiándose de herramientas de sobrevivencia en su búsqueda por transformación social en el territorio.

ENCARCELADAS

(Autoría desconocida)

*“Ya nace con un lugar predeterminado
Su ambiente, tiene que ser el privado
Dentro de casa para el amor, para el dolor, para el servir
Si ella se atreve a salir
Mucho tendrá que oír*

*Familia, amigos, padre, madre, hermano
‘su lugar no es en la calle, es en la fregadero o en el fogón
Huya mujer, de este dominio
Huya mujer, de este exterminio
Huya mujer, del feminicidio
Abra su cabeza, acaricia el raciocinio*

*No tengas miedo de lo que puede venir
Enfrenta al machismo, él va a caer
¡Él tiene que caer!
¡Nosotras vamos a destruir!
Libertas, del mundo sexual
Pero no poden beber, va a ser excusa para el bacanal*

*El hombre no entiende
No es eso que ella quiere
Se aprovecha de la situación
Y culpa a la mujer
Culpadas por beber*

Culpadas por salir

Culpadas por vivir

Culpadas por divertirse

Encarceladas

Dentro del propio hogar

Encarceladas

Nosotras precisamos cambiar

Encarceladas

En todas las situaciones

Encarceladas

El hombre no es tu patrón

Derrumba esa pared

Que el padrón subió

Ella tiene mucho concreto, solo te deja servil

Pero no es imposible de derribar

Continuar con esas corrientes solo va a privilegiar

Los hombres

Dueños de si

Les da igual si el machismo es malo

¡Levanta! Esa tarea es tuya.

Es dura, es ardua, pero no es el fin del mundo

Después de ella vendrá

Libertad y decisión

Esa es tu elección, ¡está en tu mano!

*No levantes temprano solo para preparar los frijoles
Ya levanta pronto con la azada en las manos
Levanta pronto
Y también muere más temprano
Jornada tripla
Madre, dueña de casa, trabaja y nadie identifica
Que es por ella
Que la casa se sostiene*

*Aunque cuando su trabajo no produce dinero
¡Es ella que se reventa!
Ê hijita... se oriente
Ella da su propia vida
Para que la tuya se mueva.*



MUJER NEGRA, MADRE PERIFÉRICA: VIVENCIAS DE UNA REALIDAD MILITARIZADA

Entrevista con Marina Ribeiro, por Isabelle Rodrigues

Educadora popular y cientista social, Marina dos Santos Ribeiro, 45, es una mujer negra, periférica y madre de tres hijos. Nacida en el centro de la ciudad de Rio fue en Campo Grande, en la periferia de la Zona Oeste, donde construyó su vida, su familia y su actuación política.

La trayectoria en la militancia se inició aún temprano, cuando participaba de la Pastoral de la Juventud, entidad conectada políticamente a la Iglesia Católica. Era alumna de uno de los primeros cursos preparatorios para la universidad de la ciudad, el Centro de Apoyo Popular de la Zona Oeste, donde actuó también como coordinadora. Marina es además una de las fundadoras del IFHEP, el Instituto de Formación y Educación Popular, donde es militante hasta los días de hoy. Durante el curso de grado en Ciencias Sociales, en la Fundación Educacional Unificada Campo Grandense (FEUC), conoció el Instituto Pacs y participó de una las primeras ediciones del curso Mujeres y Economía, un “punto de inflexión” en su vida y en su mirada hacia el mundo. Hoy, se presenta como una mujer negra y feminista, militante del movimiento negro y de mujeres. Forma parte

de la Colectiva Popular de Mujeres de Zona Oeste, y reflexiona sobre temas como racismo y violencia estructurales, además de los impactos de la militarización en la vida y en el cuerpo de las mujeres.

¿Cómo el debate de la militarización llega para usted y, que es una mujer negra, como ve su relación con el racismo y la violencia estructural e institucional?

Después de un tiempo, me di cuenta, en este proceso de reflexión, que la militarización llega a la práctica, al cotidiano y que siempre estuvo muy presente en mi vida en la periferia. Soy mujer negra y siempre viví en la periferia. En la periferia de Rio de Janeiro, en Zona Oeste, en Campo Grande, en un sub-barrio, o sea, periferia de la periferia. Allá, la militarización siempre existió en otro formato. Todos sabían de la presencia de hombres armados, hombres “de bien”, relacionados a la policía o no. De hecho, siempre hubo un grupo que se presentaba como el dueño del territorio. Son ellos que organizan las relaciones y la legitimidad de los pequeños comercios, quien puede hacerlo y quien no.

Eso también ocurre con el acceso a la tierra, con el transporte alternativo, con la venta de bombona de gas o cosas así. Como moradora, acompañe el avance de la milicia en Zona Oeste. Es parte de la historia de este territorio. Cuando la milicia, con ese nombre y formato de organización, llega al territorio, las personas que estaban liderando antes, un grupo de hombres armados que se nombraban dueños del lugar, son sustituidas en el comando por otras, las que tenían conexión directa con el nuevo grupo de hombres armados, la milicia. Uno de los primeros cambios notados por los moradores es el recargo por la seguridad del barrio. En la parte en que yo vivía,

decidieron que no iban a cobrar de los moradores, ya que era la zona mas pobre del barrio, pero cobraban de los comerciantes. En aquella época no existía una reflexión sobre ese proceso de militarización, esa disputa de eliminar un grupo que ya estaba en el comando.

En la periferia, no existe una policía comunitaria, que sea un mediador de las relaciones, en situaciones como pequeños robos o hurtos. Es la milicia que controla todo, no hay venta de drogas como se ve en otras villas. Lo que vemos son jóvenes involucrados y trabajando para la milicia, infelizmente. Jóvenes pobres moradores del lugar, que terminan ejecutados, bajo la idea de que “bandido bueno es bandido muerto”. Creo que nadie imaginaría que se iba a construir un proceso de dominación del territorio, de economía y de poder, porque nunca fue solo una cuestión de protección y se-

guridad de las familias del local,

tiene relación con las instituciones de poder y con el poder económico. En este proceso, la milicia, que hace el discurso de protección, tiene una practica de eliminación, sobretodo de los jóvenes más pobres, jóvenes negros en situación de extrema pobreza. La militarización, para



nosotros, significa control del territorio, control y exterminio de los cuerpos negros. Jóvenes pobres hechos vulnerables en este proceso.

¿Cómo usted identifica los impactos del modelo de ciudad-mercadería establecido en Rio de Janeiro?

Hay algo que necesitamos constatar y que es muy difícil. En Zona Oeste, la militarización y la milicia no se veen como algo malo, infelizmente. De alguna manera, ellas garantizan la sensación de seguridad que, de hecho, pasa por la eliminación del otro, y no por el acceso a la justicia, igualdad, derechos, dialogo y construcción de nuevos caminos. En la cultura local eso es muy real. “La milicia es necesaria. Es importante haber personas haciendo este tipo de seguridad”, es lo que se dice. Es común y es reconocido de esta manera, por la total ausencia del Estado. O de un Estado que se hace presente de esta forma.

Si uno va a la Zona Sur, además de la presencia de la policía militar, hay una relación de seguridad, de cuidado y de protección con los moradores de aquel territorio. En la periferia, tanto la policía como la milicia no ofrecen una relación de seguridad, sino una relación de control. En gran parte de la Zona Oeste, eso esta directamente vinculado a la milicia, porque es quien garantiza el control y organiza realmente la manera como la seguridad se establece en aquel territorio. En esa lógica de ciudad-mercadería, hay una manera de construir un imagen de ciudad, que es controlada, que necesita funcionar como turística, o sea, el turismo como comercio. Venden ese imagen de control de la violencia con más violencia. No es por acaso que nuestro gobernador defiende abiertamente el tiro en la cabeza.

Él no hace eso de manera explícita porque es inconsecuente, sino porque sabe que ese discurso va a ser absorbido de manera positiva porque es la respuesta que la clase media alta, los turistas, los dueños de hoteles, quienes gañan con esta ciudad-escaparate, quieren.

Un discurso que garantiza la lógica de la comercialización de la ciudad y que vende un modelo para otros centros urbanos del país. La militarización sirve como esa especie de servicio de protección para una parte de la población carioca y brasileña, una elite que quiere disfrutar de la belleza, del turismo y que no se importa con la consecuencia de ese control para quienes viven en las villas y periferias.

¿Cuál es el impacto de las diversas formas y fuerzas de la militarización en la vida de las mujeres que viven en la Zona Oeste?

Para nosotras, mujeres negras, la calle siempre fue un espacio de violencias. La calle en un sentido de enfrentamiento, porque no existe otra forma sino esa. Salía para trabajar desde muy temprano, a los 15 años. Mi madre era costurera y mi padre zapatero, lo que no era corriente en aquella época, tener derechos laborales, papeles, vacaciones, pagas extras, etc. Ayudaba a mi madre a coser en casa, así que costurera fue mi primera profesión. Siempre hubo esa cuestión de buscarse la vida desde muy temprano, tener que trabajar y aún así, seguir estudiando. Hubo un momento en que mi familia me dijo ¿“estás segura de que quieres seguir estudiando?”. No tenía dinero para el billete de autobús, necesitaba caminar por una hora todos los días hasta el curso preparatorio para la universidad. Salía

a las 22h30, caminaba por un sitio muy peligroso, en lo cual fui asaltada algunas veces, y llegaba a casa casi medianoche. Buscaba una manera de nunca caminar sola y encontrar una forma de protección para no exponerme mucho. Así que ese impacto es real, pero lo que aprendes es a convivir con él y construir estrategias para que él no sea tan profundo.

¿Cómo usted, una mujer negra y madre, siente ese impacto?

En la práctica, siendo una mujer negra y madre de personas negras, cuando los hijos crecen, el miedo cambia, pero sigue presente. Como madre, acabas viendo a los hijos sufriendo las mismas violencias, racistas y sexistas. Y cuando tienes un hijo, un chico negro, es desesperador. Existe nuestra lucha en cuanto mujeres, de protegernos, de resistir al acoso y a tantas otras formas de violencia, y la forma como eso se reproduce en nuestras vidas, en la vivencia con diferentes violencias que involucra directamente a los hombres. Cuando piensas la relación que los hombres tienen con la violencia es muy diferente de la que tenemos las mujeres.

Cuando vives en un ambiente en donde la violencia es parte de la cultura, con hombres armados, conectados al poder, haciendo la seguridad, sabemos que esa manera de ser hombre va a determinar lo que es la masculinidad. Además de existir una violencia institucional, existe la violencia de las relaciones. El hombre que vive ese ambiente de cultura de la violencia va a reproducirla en su relación personal con las mujeres: con sus madres, hermanas, amigas, compañeras, hijas e hijos. Es un ambiente en lo cual la única posibilidad de existir esta relacionada a esa cultura de reproducción de

la violencia y del control de la vida y de los cuerpos. Tener un hijo negro es saber que él va a ser siempre diana de la violencia. Entonces, ese proceso de militarización tiene innúmeros problemas, pero resalto dos, muy fuertes: el primero es la socialización, la producción de una masculinidad extremadamente violenta que se va a afirmar como una forma de ser hombre, principalmente en esos territorios. Y problematizar para que ese joven negro no reproduzca todo eso. El otro es pensar en como actuar para que su vida no esté siempre en peligro, ya que él va a ser la principal diana de la violencia. Todo el tiempo soy llevada, como un acto involuntario, a buscar saber lo que mi hijo, ese joven negro, esta haciendo, porque, para los demás, la posibilidad de que esté haciendo algo malo existe solo por él ser negro.

En la práctica, nuestro cuidado, el cuidado de la madre negra es también control y no nos damos cuenta de eso... no sé si conseguiría hacer de otra forma. Sabemos que en esta sociedad el error es ser negro. La relación del racismo y de la militarización es estructuralmente intrínseca. La militarización nace de una perspectiva de enfrentar a un determinado enemigo: la población negra. En mi cuerpo, yo siento, todo el tiempo, miedo



por mis hijos, de mi hijo circulando por la ciudad y en como lidiar con un joven negro, de 15 años, para que él no sea diana de la violencia y no reproduzca una lógica de masculinidad basada en la violencia, en el control y en la represión.

¿Cuáles los procesos de resistencia y como podemos sobrevivir o vencer esa disputa de la ciudad/vida a partir de la perspectiva de una mujer negra periférica?

El debate sobre el autocuidado es esencial pero no le damos la debida importancia. El autocuidado, además de un momento terapéutico, es un acto político, parte de nuestra forma de organizarse y pensar políticamente. Si pensamos que el impacto de la militarización en el cuerpo de las mujeres negras tiene todo este efecto, ¿cómo no reproducir una lógica que es de opresión, LGBTfóbica, machista, sexista y misógina? ¿Cómo ir en contra de todo lo que es estructural? Hay un momento en que no vamos a soportar porque la carga de exigencia es muy grande. El miedo es muy grande. No podemos soportar todo eso. En ese sentido, el autocuidado llega tarde a nuestro debate. Percibo que el autocuidado no es para que te ausentes de la lucha, sino para calificarte para estar en ella y entender cuáles son sus límites y cómo puedes contribuir afectivamente. Pensar de esta manera ya es autocuidado.

Cada mujer, a depender de donde viene, de su espacio de lucha y de sus cuestiones, lo siente de forma distinta. No se puede explicar cuánto de sufrimiento y de dolor esa contradicción produce. No es solo un cuerpo físico cansado, pero un cuerpo que sufre a partir del afecto que se produce en medio a todas esas contradicciones. Para la población negra es el sufrimiento de existir en una sociedad extre-

mamente racista. El autocuidado tiene que ser una decisión política de enfrentar a todas esas cuestiones y entender nuestros propios límites. Es construir un ambiente para que esas mujeres, de vidas y territorios diferentes, puedan seguir en la lucha sin sucumbir.

Pensando en su cuerpo, físicamente, ¿donde usted más siente los impactos de la militarización y de donde viene su potencia?

Creo que lo siento en todo mi cuerpo (risas). Siento en la cabeza, porque estoy siempre pensando, lo que me lleva a tener siempre muchas preguntas, muchos “porqués”. No entendía como las personas no conseguían ver contradicciones tan reales y explícitas. Creo que hay algo que es de cada individuo, ese incómodo, esa indignación. Ni todos la tienen, pero, nosotras, negras y negros sentimos, todas nosotras. Para mí, la indignación viene de la necesidad de transformar aquello que veo. Siempre creí que podría ser diferente y que podría cambiar. Y, más aún, que necesitaba hacer algo para cambiar. Eso ocurrió con el curso para la universidad, la alfabetización para jóvenes y adultos, con el trabajo, con las mujeres... fue cuando empecé a tener el retorno de esas personas. Es como despertar y percibir detalles, porque, culturalmente, culpamos a la víctima, aquella que sufre la violencia, por estar siendo oprimida, y no al sistema que produce la opresión. Es un incómodo que da en todo el cuerpo, tanto por quedarse parada, como por hacer algo. Todo genera dolor, pero depende del lugar en que eliges estar.

MILITARIZACIÓN EN HONDURAS: VIDAS CONTROLADAS DESPUÉS DEL GOLPE

Entrevista con Katherin Cruz Cerrato, por Isabelle Rodrigues

Natural de Tegucigalpa, capital de Honduras, Katherin Cruz Cerrato es trabajadora social, defensora de los derechos y de la lucha de las mujeres y militante por la despenalización del aborto. Graduada en Trabajo Social por la Universidad Nacional de Honduras (UNAH), actúa en la Red Nacional de Defensoras de Derechos Humanos, una articulación hondureña formada por organizaciones y mujeres que luchan defendiendo a sus territorios.

Su voz viene de la “capital del cemento”, ciudad que sobrevive tras una alteración drástica en el clima provocada por una medida de deforestación masiva del gobierno local. Además del calor extremo, Honduras viene sufriendo drásticamente las consecuencias de un golpe de Estado y de la actuación de un presidente dictador, con una política intensa de militarización que silencia voces, impacta el territorio y oprime cuerpos. Para Katherin, la reflexión sobre la lucha de las mujeres es prioridad para resistir y transformar la realidad de un país militarizado.

¿Cuál es su realidad de lucha?

Soy parte del equipo de una organización que se llama “Red Nacional de Defensoras de Derechos Humanos”, en Honduras, una articulación de defensoras y organizaciones de mujeres que están en las luchas territoriales. Nos unimos después del golpe de Estado en Honduras en 2009, porque se notaba que otras organizaciones, que hasta entonces acompañaban las mujeres en situaciones de riesgo, actuaban de la misma forma y según los mismos criterios de acompañamiento que a los hombres. Así, las compañeras notaron la necesidad de un trabajo distinto junto a las mujeres debido a las desigualdades de género estructurales, por las relaciones familiares, por el papel que asumen con sus hijos. A fin de cuentas, existían mujeres en situaciones de riesgo, y eso no estaban siendo considerado un asunto familiar y comunitario. Decidimos, así, organizarnos y empezar a acompañarlas. Actualmente, mi lucha está más vinculada a las mujeres que están defendiendo a sus derechos.

También participo en otros ámbitos, como la plataforma nacional “Somos Muchas”, en la cual realizamos un trabajo por la despenalización del aborto con base en las “tres causas”- peligro para la vida de la mujer, violación o malformación del feto – y desarrollamos distintas actividades de incidencia política. La plataforma fue iniciada a causa del debate sobre el nuevo código penal, que, desgraciadamente, ya está aprobado. El principal trabajo era lo de incidencia en el poder legislativo, pues, para alcanzar transformaciones efectivas, es necesario despenalizar el aborto. Actualmente, estamos realizando un trabajo fuerte de concientización, sensibilización y de intentar alcanzar más lugares.

¿Cómo usted ve la realidad en Honduras frente a la militarización?

Con el golpe de estado en 2009, se inauguró un nuevo proceso de militarización en el país. Se volvió muy evidente la forma con la cual pasan a atribuir a militares funciones que son de la policía. Se inicia, así, una mezcla que confunde a la población. Hay mucha gente que no sabe que los militares no pueden estar en funciones como cuidar de los hospitales o vigilar a centros educativos, pero desde entonces empezamos a ver eso, principalmente en los territorios que están en resistencia contra los proyectos extractivos.

Hay una fuerte militarización que pasa a actuar, incluso, en territorios privados, que son beneficiados por la seguridad de los militares. O sea, casi todos los recursos del Estado destinados a la seguridad están siendo invertidos en la protección de las empresas privadas, cuando son ellas mismas que deberían ser responsabilizadas por su seguridad.

También es importante mencionar que en Honduras hay un Consejo Nacional de Defensa y Seguridad, que es liderado por el presidente de la República, Juan Orlando Hernández, un completo dictador. De hecho, con él se inicia un periodo de atribución de más funciones y recursos – por lo tanto, más legalidad – a lo que los policías militares están realizando en el territorio y en las vidas en general. Hay mucho desconocimiento sobre este Consejo de Defensa y Seguridad, pues ni toda la población tiene condiciones de comprender a las leyes y a su funcionamiento, ya que hay mucha privación de acceso a esos materiales. Incluso, ahora hay una ley que permite que el gobierno declare diversos documentos bajo sigilo, aunque ellos afecten directamente a la población. En este consejo, están todas las

instituciones que pueden tener algún vínculo relacionado a la Política Nacional de Seguridad, lo que no permite que haya legalidad, una vez que no hay independencia entre los involucrados y el presidente tiene injerencia sobre los demás poderes del Estado.

Hay aún varios otros elementos que se podría levantar sobre el porque de este Consejo ser totalmente ilegal, otras consecuencias que profundizaron y fortalecieron la militarización del país. Aquí, existe una tasa de seguridad que todas las instituciones tienen que pagar al Estado, o sea, toda la entidad que desarrolle trabajo en alguno de los territorios. Con ese recurso se compra armas, tanques, recientemente submarinos, y la gran cantidad de bombas lacrimógenas que son utilizadas casi a diario en Honduras.

Desde 2017, después de un fraude electoral en lo cual se volvió a elegir ilegalmente Juan Orlando Hernández – la constitución no permite la reelección, pero él se pasó por eso como quiso – se profundizó la militarización y la represión a cualquier tipo de expresión de protesta contra el gobierno.

En una ocasión, después de una fuerte represión, en 2016, estábamos haciendo una acción afuera del Ministerio Público y policías empezaron a atacarnos por nada. Había diversos niños desmayados, gente mayor, y seguían reprimiendo aún que hubiese personas tumbadas en el suelo. A veces tenemos el sentimiento de desesperación y mucha indignación por saber lo que está pasando.

Cualquier manifestación puede ser reprimida y, muchas veces, incluso judicializada. Ahora, hay tres compañeros que volvieron presos políticos. Afortunadamente, otros compañeros militantes están consiguiendo su libertad, bajo la acción de muchas organizaciones sociales. Aun así, esa es la realidad, cualquier tipo de manifestación es vivida de forma violenta en Honduras.

¿Cómo usted siente todo eso en su cuerpo? ¿Cuáles son sus formas de buscar un respiro para seguir en la lucha?

Puedo decir que lo que siento y lo que vivo es parte del impacto del reflejo de como viven compañeras más cercanas, mis amigas, o las chicas que están en los territorios urbanos y rurales más impactados por la violencia. Los militares y policías son los principales actores que agreden y acosan compañeras – pero existe la violencia por sus propios compañeros también.

Desde hace algunos años, se vio un aumento excesivo de casos de embarazo en adolescentes, principalmente estudiantes, y se notaba, claramente, que eso ocurría en lugares en los cuales los centros educacionales estaban militarizados. Alrededor de esos sitios, durante todo el día, pasaban diversos policías y militares acosando a las chicas de la región, hechos que surgieron en las denuncias de compañeras de estas comunidades. Era como si ellos fueran allí solamente para embarazarlas, pues como están siempre mudándose, cuando se dan cuenta de que embarazaron a una chica, se van a otro lugar y no se sabe más lo que pasa.

Siento ese impacto, más aún por lo que hago, pues actúo en la

documentación y acompañamiento de defensoras en situación de riesgo. Muchas veces ese trabajo pasa por estar en lugares con ellas defendiendo, acompañado, pero también siendo parte de la lucha. Y a veces pienso: “hasta donde voy?” Muchas veces estuvimos en acciones de represión, con muchas historias, e intentamos que eso no nos afectase tanto, pero, en algún momento, eso nos destroza.

¿Ante eso, qué hacemos? Lo primero es reflexionar de forma colectiva lo que podemos. Hay diferentes tipos y situaciones, que dependen de donde estás, con quien, quien te está atacando y de que manera. Reflexionar sobre eso colectivamente es lo que tratamos de hacer como organización y como colectividad próxima, pues ni todas están en los mismos espacios, pero intentamos estar atentas y trazar planes en común de cuidado y autocuidado. Siempre pienso: “qué podemos hacer por la noche, antes de dormir?” Es posible hacer unas respiraciones profundas, alimentarse mejor, ir a algún sitio cantar, charlar, divertirse. Y otra parte fundamental es seguir luchando con las compañeras que queremos y saber que esa trayectoria tiene un gran sentido, pues tenemos la necesidad de transformar la realidad que vivimos y debemos esforzarnos para mantener toda esa fuerza que vamos construyendo juntas.

¿Usted puede localizar en su cuerpo donde siente los impactos y donde esta la fortaleza para la resistencia?

Creo que, en las piernas, que están relacionadas con la impotencia de no saber para donde seguir y el siguiente paso que tenemos que dar. En la garganta, que también está relacionada con la impotencia. Pero de forma particular, algo que vengo pensando es que, muchas veces, en situaciones de injusticia, de violencia, siento un impacto

en los ojos. Una sabe que lo que está viendo esta marcando a la vida de alguien, así como a la suya. A veces cierro los ojos para no ver. Es como un mecanismo de defensa, pues los siento como uno de mis puntos energéticos.

La fuerza creo que sale de las manos y, no raro, también de los pies.



AUTORÍAS

Gizele Martins

Gizele Martins vive en Maré, es comunicadora comunitaria, periodista graduada de Puc-Rio y maestra en Comunicación, Educación y Cultura de Feb-f-Uerj. Forma parte de los movimientos de villas de Río de Janeiro y es una de las organizadoras de la jornada de actividades “Julio Negro”, que discute el racismo, la militarización y el apartheid. También organiza el taller “Historias Vivientes”, que cuenta la historia de la resistencia de las favelas (villas) de Río de Janeiro.

Soraya Misleh

Periodista palestina-brasileña, maestra y hace doctorado en Estudios Árabes de la Universidad de São Paulo (USP). Autora del libro “Al Nakba - Un estudio sobre la catástrofe palestina” (Ed. Sundermann). Coordina el “Frente en Defensa del Pueblo Palestino” y es miembro de la “Ciranda Internacional de Comunicación Compartida.”

Marcelle Decothé

Marcelle Decothé, mujer negra periférica con maestría en Políticas Públicas de Derechos Humanos (PPDH / UFRJ), colaboradora del Instituto Marielle Franco, forma parte del “Fórum de Juventudes de Río de Janeiro” y actualmente compone el mandato quilombo de la congresista Mônica Francisco.

Daniela González López

Coordinadora Internacional del Observatorio de Derechos Humanos de los Pueblos.

Madres y Familia de Ceará Socioeducativa

El Movimiento Voz de Madres y Familias del Sistema Socioeducativo y de Prisión de Ceará se creó en 2013, con el objetivo de reunir y fortalecer a las madres y familiares de adolescentes en cumplimiento de las medidas socio-educativas, bien como fortalecer a las madres y familiares que han visto a sus hijos ingresar al sistema penitenciario, a menudo debido a la ausencia del estado protector, así como de políticas públicas efectivas en asociación con la sociedad civil. El Grupo tiene foco en garantizar los derechos de los jóvenes,

además de ser un espacio para el intercambio de experiencias y apoyo.

Elen Ferreira

Elen Ferreira es maestra de escuela primaria y trabaja en el Programa de Salud y Escuela para la 1ª Coordinación de Educación de Río de Janeiro. Co-fundadora del Proyecto Pretinhas Leitoras: propuesta de alfabetización racial crítica entre los niños. Consejera Asesora Principal del Museo de Historia y Cultura Afrobrasileña (ICAB) - Secretaria de Cultura del Ayuntamiento de Río de Janeiro. Graduada en Pedagogía en la Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro (UNIRIO). Forma parte del Colectivo Negro "Luisa Mahin" (UNIRIO) y también del "Colectivo Entre el Cielo y la Favela", en la Favela de la Providencia.

Buba Aguiar

Buba Aguiar es miembro del Colectivo "Fala Akari", estudiante de Ciencias Sociales en la UFRJ, miembro del grupo "Libertad de los presos políticos - RJ", hace pasantilla en el Instituto de Planificación e Investigación Urbana y Regional de la Universidad Federal de Río de Janeiro - IPPUR / UFRJ, editora del Colectivo Mariachi, mídia activista en redes sociales para la película "Livres", asesora de comunicación para "Arame enfarpado", columnista para Revista Virus Planetário y el sitio web "Superela". Tiene una formación técnica en Análisis Clínicos de FAETEC y en Comunicación Comunitaria de RACC de la "Agencia de Noticias Favelas". Ha sido colaboradora de la Comisión de Niños y Adolescentes OAB-RJ y del periódico "A Voz da Favela".

Saney Souza

Poeta insurgente y militante periférica. Contribuye con las prácticas agroecológicas de la Huerta Comunitaria con adolescentes, jóvenes y mujeres en la ocupación donde vive. En la Asociación de los vivientes, participa en el taller de preparación para el examen de ingreso universitario. Forma parte de la Red de Agricultura Urbana de Río de Janeiro y del Colectivo Popular de Mujeres Zona Oeste. Trabaja como educadora social.

Jyussara Abadallah e Nada Ali

Refugiadas palestinas en Brasil.



Fortaleza de las Mujeres: relatos acerca de la militarización de la vida
Instituto Políticas Alternativas para o Cone Sul - Pacs
Rua Henrique Valadares, 23, sala 504 - Centro, Rio de Janeiro / Tel: +55 21
2210-2124 / pacs@pacs.org.br / www.pacs.org.br

1ª EDICIÓN
Rio de Janeiro, 2019

Realización



Apoyo

